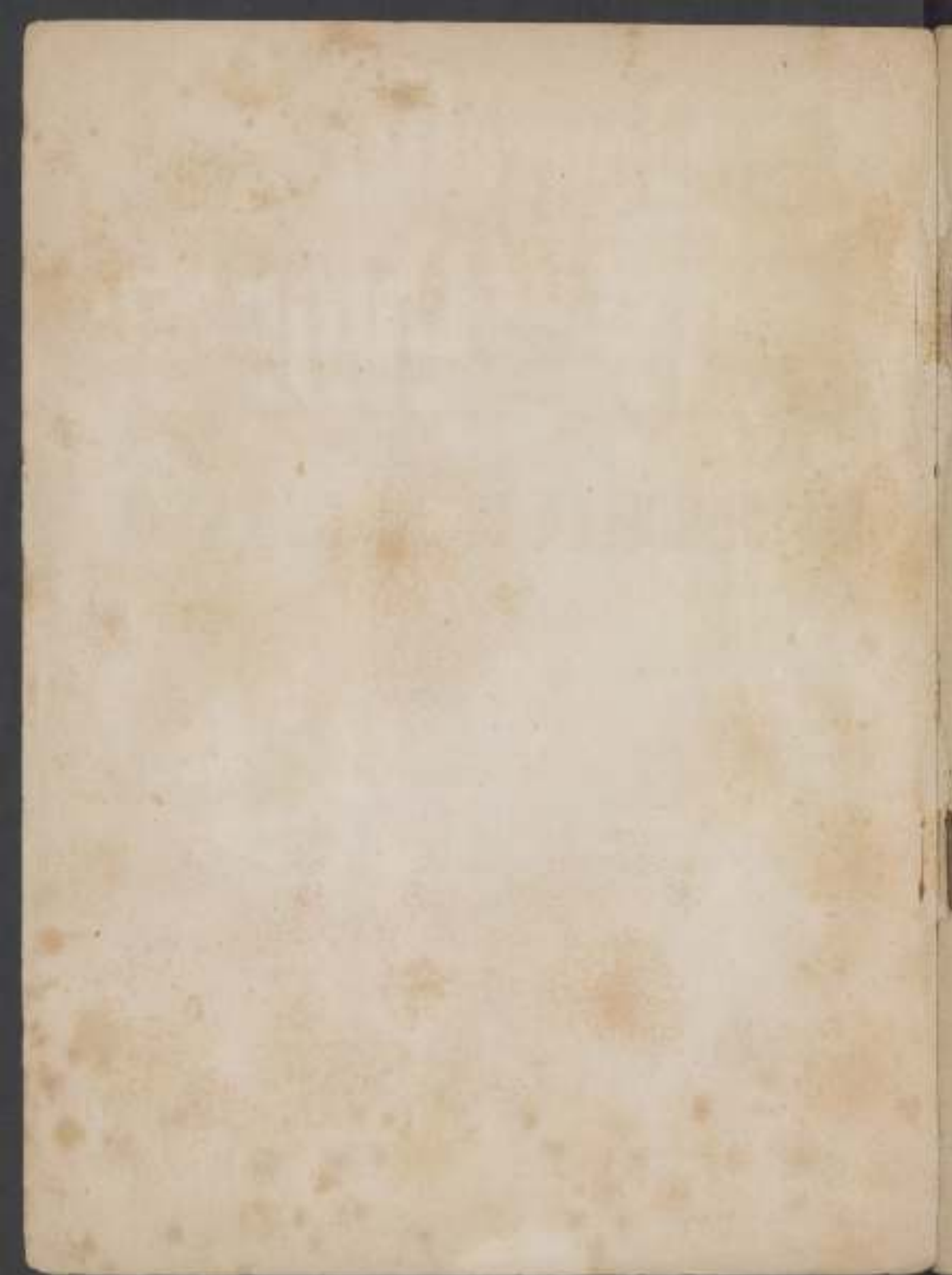


La Doncella de la Duquesa



Carmen Gracia
Luis Peña





Nº 444

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

LA DONCELLA DE LA DUQUESA

Deliciosa historia de amor, de humorismo elegante
y de gran mundo

Argumento, Guión y Dirección
GONZALO DELGRAS

Jefe de Producción
FILALICIO FLAQUER

Producción
EDICIONES CINEMATOGRAFICAS CUMBRE
Presentada por



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PERSONAL TÉCNICO

Ayudante de dirección	ANTONIO SANZ
Cámara	MARIANO RUIZ CAPILLA
Ayudante de cámara	J. TORRES
Música	MOZART, ROSSINI, MENCOTE Y GODES
Vestuario	PEDRO RODRÍGUEZ
Ingeniero de sonido	ENRIQUE LA RIVA
Sistema de sonido	RIVATÓN
Montaje	RAMÓN BLADU
Estudios	TRILLA-ORFIEA, de Barcelona
Laboratorios	CINE-FOTO

REPARTO

Alicia (María)	CARMEN GRACIA
Carlos	LUIS PEÑA
Duquesa	MARGARITA ROBLES
Mayordomo	PACO HERNANDEZ
Viajero	José María Seoane
Marqués	José Prada
Marquesa	Camino Garrigó
Ayuda de Cámara	José Sanchiz
Portero	José Reyes
Criada	Luz de Reyes
Cocinera	Felisa Torres

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

La doncella de la Duquesa

Argumento de la película

CAPITULO PRIMERO

No, mal genio no; lo que se llama mal genio, no tenía la señora Duquesa viuda de Campo Fiel. Acostumbrada a una vida agitada y de gran movimiento, había adquirido—eso sí—una precisión de mando que admitía pocas réplicas, y por ello su pronto inducía al confusionismo a las personas alejadas de su trato.

La servidumbre — numerosa y escogida en su palacio señorial de Madrid — estaba atenta a sus menores deseos, y aun se anticipaba a ellos en cuanto le era posible.

Había salido, aquella mañana, cosa inusitada en ella, y no hacía más el viejo y leal mayordomo Jaime que otear por la ventana que dominaba el cruce del paseo, esperando su regreso, cual si temiese que hubiera podido ocurrirle una

desgracia. Al divisar el coche, de perfectas líneas aerodinámicas, acudió presuroso al vestíbulo, avisando a todos con sus gritos jubilosos.

—La señora... ¡que llega la señora!

El portero, que leía tranquilamente la prensa repantigado en una butaca, tiró el periódico, se puso en pie como movido por un resorte y abrió la puerta.

La próspera dama cruzó el umbral. Su figura esbelta, silueteada por un elegante abrigo de pieles, le daba empaque tal que quedaban disimulados perfectamente sus cincuenta y cinco años. Pasó ante sus servidores sin mirarlos, más atenta a dos preciosos perros pequeños que la acompañaban.

El mayordomo siguió tras la

Duquesa, y esto hizo recordarle algo.

—¿Llegaron las nuevas doncellas, Jaime?

—Sí, señora Duquesa. En nuestro comedor tiene la señora un precioso muestrario donde elegir.

Fué continuando la conversación mientras subía la alfombrada escalera, y los perros gemelos, junto a su dueña, parecían dos pajes llevándole la cola.

—Las habrás buscado tú mismo...

—Yo mismo, señora. Tal como la señora me encargó.

—Bien. Hazlas subir a mi gabinete, y que esperen allí hasta que yo vaya a examinarlas. Entre tanto, pasa las antiguas al despacho del señor administrador. Que les liquide los salarios, indemnizándolas, en todo lo que soliciten, sin la menor discusión.

—Sí, señora. Yo...

La Duquesa, sin hacer caso de la interrupción, siguió diciendo:

—Siempre que por la misma causa tuve necesidad de cambiar de doncellas, se las gratificó espléndidamente.

—Ellas conocen muy bien la bondad y el espíritu de justicia de la señora Duquesa.

—Más vale así.

Llegados al final de la escalera,

cuya ascensión, a paso largo, tenía un poco fatigado al pobre Jaime, siguieron por el amplio y severo corredor que conducía a las habitaciones de la Duquesa.

El mayordomo extremaba sus explicaciones.

—Y saben que cuando la señora Duquesa las despidió, sus razones tendrá.

—Poderosísimas.

—Por eso, no creo que exijan nada.

No era cuestión de dinero lo que se ventilaba entonces, y como por su parte no podía recompensar de otro modo a las personas de cuyos servicios había de prescindir, estimaba justo que se les pagase con largueza.

—Mejor aún: que se las indemnice generosamente. En casa de los Campo Fiel, fué tradicional costumbre que sus servidores llegaran a viejos compartiendo su techo y su pan. Tú lo sabes...

—Sí, señora Duquesa.

—Jamás quisimos que se fueran a servir a otras casas, y acabaron sus días viviendo de la pensión que, muy merecidamente, recibían de nosotros, en pago a tantos años de fidelidad.

—Así fué siempre; sí, señora.

—No, ya no. Los tiempos son muy otros, Jaime.

Junto a la primera estancia se detuvo la Duquesa, y disponiéndose a entrar en ella advirtió de nuevo al mayordomo:

—En fin, haz lo que te he dicho. Dentro de unos minutos iré a ver a las nuevas doncellas.

La charla había terminado. Como promovida por la Duquesa, Jaime fué atendiéndola sin atreverse a interferir otros pormenores. Entonces consideró de protocolo advertirla del recado que tenía hacia ya rato.

—Señora Duquesa... Perdóneme... Abajo, en la Sala de los tapices, esperan a la señora, los señores Marqueses del Sotillo.

La Duquesa, al oír aquello, y con apresurados pasos, volvió a desandar lo andado, seguida nuevamente por sus perros y el mayordomo.

—Pero, hombre... ¡Qué pachorra tienes! Me dejas subir y subir sin decirme nada.

Jaime no sabía cómo disculparse.

—La señora Duquesa no me dió ocasión para ello.

La dama le miró con ojos bon-

dadosos, que llevaban implícito el perdón.

—Pero si fuiste tú mismo a decirles de mi parte que vinieran... Señal de que tenía interés en verlos.

—Perdóneme la señora Duquesa... Yo, por no interrumpir a la señora...

Estaban ya otra vez en la escalera, para iniciar su descenso, cuando la Duquesa, que apenas había podido acallar los escrúpulos de su mayordomo sobre si había cometido o no un acto incorrecto, se dió cuenta de que no le precisaban los perros para recibir a sus familiares, los señores Marqueses del Sotillo y, volviéndose rápida a él, se los entregó diciendo:

—Pero, ¡coge los perros, hombre!... Que se van a cansar los pobrecitos de tanto subir y bajar...

Y mientras ella bajaba apresuradamente las escaleras, Jaime cogía en sus brazos a los perros y los llevaba cuidadosamente a la habitación que, junto a las de la propia Duquesa, tenían reservada en el palacio de los Campo Fiel.

CAPITULO II

Cumpliendo las instrucciones de la Duquesa, a su gabinete particular fué pasando el mayordomo a las cinco aspirantes a doncellas que había reclutado, a cual de ellas más fea.

—Pasen... pasen sin miedo, y esperen, que en seguida vendrá la señora Duquesa.

Todas iban como embobadas, contemplando con cara de asombro el lujo de la estancia.

Una, que parecía más resuelta y avispada, pretendió acomodarse en el diván, pero la voz tonante del viejo Jaime la contruvo.

—¡Sin sentarse! La seda de esa tapicería tiene más de un siglo.

Las muchachas quedaron aterradas ante la profanación que iban a cometer, y con la vista fija en el mayordomo para no cometer más imprudencias. Este se limitó a hacerles la última recomendación:

—Y cuando venga la señora Duquesa, se limitan ustedes a contestar a sus preguntas, pero sin interrumpirla ni preguntar nada.

Otra de las aspirantes, con cierto reparo, se atrevió a insinuar:

—¿Y cree usted que le gustaremos a la señora?

* * *

Por otro lado, también se estaban cumplimentando las órdenes de la Duquesa. En el despacho del administrador, cinco doncellas guapísimas sonreían satisfechas al escuchar sus amables frases.

—La señora Duquesa se ve en la precisión de despediros; pero, como veis, os recompensa con toda esplendidez. Ello demuestra bien a las claras lo contenta que está con vosotras. En cuanto al motivo por que se os despide... ya lo sabéis, y debe halagaros más que entristeceros. No tenéis más defecto que ser preciosas, y yo, aun saliéndome de las atribuciones de mi cargo, debo reconocerlo. Sois cinco monadas. No hay más remedio que ponerlos en la calle.

La doncella primera se creyó en

el caso de llevar la voz cantante en aquella reunión.

—Ya sabemos, ya... El señor Duque...

—Exactamente—le atajó el administrador.

Pero, una vez iniciado el fuego, cada una de las chicas quiso hacer su disparo.

—Pero, ¿cree la señora que nosotras no sabríamos hacernos respetar?

—Nosotras sabemos estar siempre en nuestro sitio.

—Y tanto.

—Ya sabríamos tener a raya al señorito.

El administrador intervino conciliador.

—No... Si aquí lo grave no está en que él ofendiese vuestra dignidad, sino en que a cualquiera de vosotras la hiciera Duquesa el mejor día.

El coro de guapas batió las alas y abrió el pico.

—¡Ah!, pues en ese caso es una pena tener que irse.

—Naturalmente. ¿Quién sabe!...

—No sería el primer caso.

—Y, además, creo que es muy guapo.

—Y muy simpático.

—Sí que es una lástima marcharnos sin verlo.

Hubo de llamarles al orden el

administrador, imponiendo su autoridad.

—¡Callad! Si os oye la señora Duquesa, os quita la gratificación. Ahí es nada. ¡La que haya de ser duquesa de Campo Fiel, tiene que llevar su misma sangre!

Y para completar el tríptico de esta cruzada contra el hombre que se enamora de las doncellas, que no es otro que Carlos, hijo único de la Duquesa de Campo Fiel, podemos ver a ésta paseando nerviosa por la sala de los tapices, frente al Marqués y a la Marquesa de Sotillo, que, sentados en amplios butacones, asienten a cuanto va diciendo.

—¡Su misma sangre! Y es verdaderamente bochornoso que rechace a mi sobrina... Una muchacha que, según dicen, es preciosa. Y ¿por qué?, pues precisamente por ser de su mismo abolengo. Si en vez de ser una aristócrata fuese una doncellita, menudos disgustos me habría dado ya a cuenta de la prima...

La Duquesa, abatida por las inquietudes de que estaba llena su alma, fué a sentarse junto a sus parientes, desconsolada de oír su opinión.

El Marqués puso en su plática un tono fatalista.

—Comprendo tu indignación, hermana. Pero vas a tener que andar muy lista si quieres evitar que tarde o temprano le enganche cualquier doncella ambiciosilla. Para tu hijo no existen más mujeres que las que llevan cofia y delantal. Es ya una obsesión, una manía.

—Lo que debes hacer —terció la Marquesa— es no llevarle la contraria, y ya verás qué poco se casa con ninguna de ellas.

La Duquesa denegó.

—¡Ni pensarlo siquiera! No conoces a Carlos. Ahora mismo, si no le hago venir valiéndome del engaño, por el cual Dios no me castigue, de fingir una enfermedad, se me casa en América con una doncellita aprovechada que, según él, le cuidó como una hermana cuando estuvo enfermo. ¡La muy lagartona!...

—¿Y cuándo llega mi querido sobrino?—preguntó el Marqués de Sotillo.

—Dentro de cinco días. Ya has visto el cable. Quiero que vayas tú a recibirle. Yo no puedo. ¡Estoy convaleciente!...

La Marquesa — que no era un premio de belleza precisamente — no las tenía todas consigo con aque-

lla escapada que se le preparaba a su marido.

—No te fíes tampoco mucho de éste. La única diferencia es que a tu hijo las doncellas guapas le hacen cara, y a éste se la vuelven.

El Marqués protestó sonriendo: —¡Fíate, fíate!... Lo que pasa es que a mí ya no pueden cazarme.

Y agregó dirigiéndose a su mujer, para congraciarse con ella.

—Me cazaste tú...

—Lo que menos se imagina mi hijo—dijo la Duquesa reanudando la conversación, y con ánimo de acallar aquel conato de gresca matrimonial— es que, pisándole los talones, viene también de América la prima con sus padres. ¡Veremos si él puede más que todos! Y que además... Señor, si yo le propusiera casarse con un coto. ¡Pero si todos dicen que es un sueño de muchacha! Guapa, distinguida, interesante...

* * *

Regresaba Carlos a España, efectivamente, atendiendo el mandato de su madre. Hacía el viaje en un gran trasatlántico de lujo que terminaba su ruta en Barcelona. El tiempo era espléndido, y la travesía había sido deliciosa.

Arrellanado sobre una extensi-

ble en cubierta, gozaba de la suave brisa del mar y distraía sus ocios con la lectura al par que con las incidencias que se provocaban siempre entre el pasaje. No podía deleitarse como paisajista y aguzaba, por tanto, sus dotes de psicólogo.

Él, como otros muchos, en aquella clara mañana que hacía aún más nítida el intenso azul del mar, miraba a una joven muchacha, más bonita que joven y más interesante que bonita, que, acodada en la borda, gozaba del espectáculo de ver estrellarse las olas contra la quilla del buque. Viajaba sola y nadie sabía de ella más que se llamaba Alicia.

Tenía una atractiva belleza y el raro encanto de una profunda y acusada feminidad. Vestía sencillo traje de viaje y se tocaba con un chal a modo de turbante.

Pero la plasticidad del cuadro marino quedó rota pronto. De tantos tenorios y aprendices de tenorio como llevaba consigo aquella gran ciudad flotante, uno, el más osado, acababa de apoyarse también en la borda, casi al lado de Alicia, mirándola descaradamente.

La viajera, obligada por la insistente mirada del moscardón, se apartó de la borda, y, al cruzar frente a Carlos, que reía gozosamente la burda maniobra del atrevido, encendió un cigarrillo.

Las volutas de humo, cual si salieran de las retortas de un nigromante, ante la mirada ávidamente curiosa de Carlos, el hombre que se enamoraba de las doncellas, tuvieron la virtud de transformar su traje en un delantal blanco y trocar su gorro de viaje por la clásica cofia.

CAPITULO III

La sustitución de las doncellas acababa de realizarse. Personalmente había efectuado la selección la señora Duquesa, y eran todas horribles a más no poder.

—Ustedes cinco quedan admitidas. Jaime, el mayordomo, les impondrá de sus obligaciones.

Quedaba una fuera de combate.

—Usted ya no hace falta, aun-

que de haber llegado antes la hubiera almitido muy a gusto. Reíne usted todas las condiciones apetecibles.

Esta fea, y además desgraciada por no haberle correspondido premio en el concurso de méritos que había tenido lugar, se unió al grupo de doncellas guapas que abandonaban, por serlo, el palacio de los Campo Fiel, ataviadas con sus coquetones trajes de calle y con sus maletines en la mano.

Una de ellas no pudo resistir a la tentación de preguntarle si también la echaban por peligrosa, contestando la fea que no, pues no había sido admitida por llegar tarde. Y es lástima — agregó — porque... ¡quién sabe!... ¡Cosas más raras se han visto!

Las muchachas salieron riendo, despidiéndose amigablemente con besos y abrazos.

Cada una por sí pensaba un poco en el que daban como llegado a Barcelona, entre el tráfico de viajeros y montañas de equipajes que habría dejado en tierra aquel vapor después de una travesía tan larga, y por cuyo arribo habían perdido todas la colocación.

Los primeros a punto para descender, tan pronto la escala quedó lista, fueron Alicia y el pollo castigador.

A poco, Carlos, que era esperado en el muelle por el Marqués de Sotillo, fundiéndose ambos en un apretado abrazo.

— ¡Querido sobrinete!

— ¡Querido tío!

El Marqués se le quedó mirando, haciéndose cruces de lo coloradote y sano que estaba el muchacho.

— Pero, ¿eres tú el que llega convaleciente de una enfermedad?

Carlos rió a mandíbula batiente, y después le hizo un guiño malicioso.

— Y muy grave. Ya os contaré...

Mientras tanto, Alicia había logrado cazar un taxi, y ordenaba al chofer que la llevase al aeródromo, pues quería llegar a Madrid cuanto antes.

El impertinente seguidor de Alicia la vió marchar con ojos tristes. Allí acababa una aventura de la que no escribiera más que el nombre de la protagonista.

El Marqués de Sotillo, previsor en extremo, había traído un coche, y hacia él se dirigieron tío y sobrinete, en animada conversación.

— ¿Qué? ¿Qué tal la travesía?

— ¡Encantadora!

— ¿Viajeras guapas?

— De todo ha habido.

— Como siempre — agregó el Marqués—. Y eso digo yo... ¿Por

qué habrá de todo? Dios debió hacer que no fuera fea ninguna mujer. No me negarás que la vida sería mucho más agradable...

La pintoresca charla de su tío, animaba a Carlos.

—Sí; pero las feas hacen falta, precisamente, para que realcen las otras. Si todas fueran guapas, ¿en qué podías notar que lo fueran?

El Marqués afirmó, muy convencido, que por el tacto.

Con esta salida de tono rieron los dos de muy buena gana, y llegados al auto subieron en él.

Siguió explayando sus particulares teorías sobre el caso.

—Además, que si todas fueran guapas, puede que también lo fuese tu tía... ¡Y qué demonio! Sus intemperancias serían más llevaderas con una cara más potable, ¿no?

—¡Pobre tía!

—¡Qué pobre tía!... ¡Pobre tío!

El coche iba ya en marcha hacia el centro de la ciudad, y la animación de las Ramblas distrajo al Marqués de su conversación, lo que aprovechó Carlos para preguntarle por su madre.

—¿Tu madre?... Como siempre; muy bien. Es decir—y corrigió el tono optimista al notar que patinaba—convaleciente todavía.

—¿Qué ganas tengo de darle un abrazo!

El Marqués puso cara de alarma.

—Bueno, sin prisas, ¿eh?, que ya que el barco llegó tres días antes es justo que los aprovechemos echando una cana al aire... ¡Fíjate todas las que llevo aquí amarradas! —y le señalaba unos mechones de pelo que ya plateaban bastante.

—Además —dijo a su sobrino para terminar de convencerle— ¿por quién van a saber que el barco ha llegado hoy?

* * *

El equipo de feas funcionaba ya como servicio activo en el palacio de Campo Fiel.

Tan sólo la que había de actuar como doncella particular de la Duquesa, estaba en el aprendizaje de sus obligaciones, que le iban siendo claramente expuestas por el mayordomo Jaime.

—Aquí está el dormitorio. A las ocho de la mañana entra usted el desayuno a la señora Duquesa; lo deja usted sobre esta mesa, y muy suavemente llega usted junto a la cama y la despierta.

La muchacha preguntó con cara de asombro:

—¿Suavemente, dice usted?

—Y tanto... Procure usted que no la vea de pronto, porque padece del corazón.

—Sí, yo también me asusto mucho si me despiertan de pronto...

Jaimé se la quedó mirando, pensando sin duda que todos tienen su consuelo en la vida, y agregó:

—¡Pues imagínese... a quien usted despierte!

Le mostró después el cuarto de aseó.

—La señora Duquesa acostumbra darse un baño de 40 grados. El termómetro está aquí.

La doncella lo inspeccionó todo, y dijo un poco acobardada:

—¿Y la tengo que poner el termómetro?

—A ella, no; a la bañera—respondió el mayordomo.

La mujer, perdido el miedo de los primeros momentos, fué llevando ya una conversación de confianza.

—¿Y tiene que estar muy caliente?

—Pues todo lo que den de sí los 40 grados... que es bastante.

—Saldrá como un cangrejo cocido.

—¿Usted qué sabe? Así conserva esa figura, que se la ve por detrás y parece que tiene veinticinco años.

—Igual me pasa a mí.

—Sí, ¿eh?... Y por delante... ¿qué?

—¡Ah!, pues no crea usted, que aun no he cumplido los treinta...

—Peor aún. La edad puede hasta disculpar ciertas cosas...

Le mostró también cuanto contenía el armario.

—Aquí están las sales, las toallas, el albornoz...

—Bien, muy bien.

Después, volviendo al dormitorio, le señaló una puercecita pequeña, disimulada por el propio adorno de la habitación.

—Tras esta puerta está lo más importante de la casa y, desde luego, lo más delicado de su obligación. Como si dijéramos la piedra de toque para el éxito o el fracaso de toda doncella.

—Pues, ¿qué hay ahí?

—Nada menos que el dormitorio de "Arturito" y "Miguelín".

La muchacha puso cara de satisfacción.

—¡Ah! ¿Tiene niños?

—No. Tiene perros, y los perros aquí son antes que nadie. Yo creo que si pudieran ostentar títulos, hace ya tiempo que serían duques. Y, si quiere usted conservar la casa, ha de prodigarles más atenciones que si fueran niños. Incurra usted en todos los descuidos en cuanto a la señora Duquesa se refiere, pero ¡pobre de usted si "Arturito" y

"Miguelín" echan en falta la menor cosa!

La doncella fué descubriendo, extasiada, todos los detalles del cuartito goberbio de los perros de la Duquesa; cuartito, en suma, tan caprichosamente montado, que sería una monada para dos niños: cunitas de muñeca, un armario con espejo, coqueta, juguetes, muñecos, etcétera.

Jaime, entre las dos cunas, fué recitando también allí su lección, tantas veces repetida en el curso de su vida.

—Estas son sus cunitas. Esta de "Arturito"... y esta de "Miguelín". No pretenda usted acostarlos cambiados, porque no se lo consentirían... Los acuesta usted después de cenar; los tapa bien; remeta usted la ropa por los costados para que no se constipen...

La doncella preguntó con cierta burla:

—¿Y no les doy un besito para que duerman bien?

—A su gusto. Si ellos la dejan... pero, lo dudo. A media noche, acostumbra tomar un vaso de leche con bizcochos.

A continuación, el mayordomo le enseñó el armario.

—Aquí están sus ropas. Los cajones de la derecha son los de "Ar-

turito" y los de la izquierda de "Miguelín".

Y abriendo los cajones de ambos lados fué mostrándole cuanto guardaban en su interior.

—Los collares... Los lazos... Jamás se le ocurra a usted ponerles hoy los que les puso ayer, porque no se los dejarán poner. Las mantitas de paseo con sus bolsillitos para el pañuelo... Los colchoncitos: de corcho, en verano; de pluma, en primavera; y de lana, en invierno.

La pobre fea se maravillaba de tanta hermosura como encontraba a su paso, e inquirió qué representaban los cuadros que había colgados en las paredes.

—Oiga... Y ¿esas fotos?... ¿Es que se retratan todos los años?

Jaime, señalando varias fotos de perros, le explicó que eran todos los antepasados de "Arturito" y "Miguelín".

—Pues sí que es rancio el abuelo. ¿Y esa cabeza?—agregó parándose ante una preciosa cabeza de perro.

—Esa es la madre—contestó el mayordomo.

—¿De "Arturito" y "Miguelín"?

—Claro... ¿No va a ser la de usted! Anuque bien pudiera...

Y reunió dos fotografías, desplegando su vasta erudición.

—La madre, japonesa, y el padre, inglés, como *Madame Butterfly*. "Arturito" ha salido al padre y "Miguelín" a la madre.

—¿Y de qué se alimentan estos príncipes? No será de huesos.

—¡Bah! No son exigentes—dijo Jaime con cara de grasa—. Al inglés, que no le falte su té a las cinco en punto. Al japonés, le pone usted un plato de arroz con dos palillos y él solito se las compone.

A continuación se acercaron a la coqueta.

—Una vez arreglados, los trae usted aquí...

—¡Ah! Pero ¿también se miran al espejo?

—¡Naturalmente! Los pone usted aquí encima; ellos se miran en el espejo... y si no ladran es que están conformes...

Jaime consideró ya ultimada su misión, y previno a la doncella:

—Ahora, vayamos a ver a la señora, para que le presente a "Arturito" y a "Miguelín".

Dirigiéronse hacia el saloncito donde estaba la Duquesa. Sentada en un cómodo butacón, tenía en su regazo a "Arturito" y "Miguelín", a los que prodigaba toda clase de caricias.

Llegados allí, el mayordomo se inclinó ceremoniosamente.

—Si la señora Duquesa da su permiso...

—Adelante. ¿Qué quieres?

—Presentar a la señora Duquesa su nueva doncella. Pase usted—dijo a la muchacha.

La doncella, toda absorta y encogida, adelantó unos pasos.

—Servidora de la señora...

La Duquesa se caló los impertinentes, observándola. Al pronto quedóse sorprendida de tanta fealdad, pero, pasado su asombro, miró a Jaime, sonriendo satisfecha.

—Muy bien. ¡Acérquese! ¿Ya la has instruido?

—Sí, señora Duquesa. Ya le he dicho cuáles son sus obligaciones.

—Dios haga que acierte; sobre todo en lo que a "Arturito" y "Miguelín" se refiere. Procure usted, especialmente, hacerse querer de ellos. Esto sólo se consigue tratándolos bien... Los niños y los perros se acercan siempre donde encuentran cariño. A la última doncella que tuvieron, la adoraban. Llegué casi hasta tener celos. Que le pase a usted lo mismo.

Los perros, vueltos hacia su ama, no han podido ver a la doncella fea, que se inclina hacia ellos, más horrible que nunca, asustada por tener que atender a aquellos

bichos aun siendo de tan cuidada estirpe y atención.

—¿Verdad que sí?... ¿Que seremos muy amigos?

—Pues claro... ¿No es cierto que la querreis mucho?

Uniendo la acción a la palabra, la Duquesa volvió los perros hacia la doncella fea, pero éstos, en cuanto la vieron, se tiraron a ella ladrando furiosamente.

La doncella, acosada por los perros, retrocedió hacia la puerta, presa de un pánico enorme.

—¡Ay, ay, que me muerden!

—“Arturito”, “Miguelín”...

¿Qué tenéis? ¿Qué os pasa, ricos?

—clamaba con desconuelo la Duquesa.

La joven perseguida buscó amparo en Jaime, pidiendo a gritos que sujetaran a los perros, que la iban a morder.

Por su parte, la señora, le ordenaba imperativamente que se la llevara.

—Ya lo creo que me voy—dijo, logrando alcanzar la puerta—. ¡Ánda y que los aguante su madre!

Al verla fuera de peligro, Jaime corrió rápidamente la puerta, contestando con dignidad al ex abrupto de la doncella:

—Su madre ha muerto. ¡Más respeto!

Con sus llamadas había conse-

guido la Duquesa atraer de nuevo a los perros y los tenía sobre la falda, tratando de consolarlos.

—Qué razón tenéis... ¡Tranquilizaos! Tranquilizaos, que ya no vendrá más... ¡No os asustéis!

El mayordomo se acercó a su señora con cara de desconuelo.

—La catástrofe, señora Duquesa. ¡La catástrofe! No habíamos contado con las aficiones estéticas de los animalitos.

—¿Y qué hacemos ahora?

—No lo sé, señora Duquesa; no lo sé.

El conflicto era serio, y la Duquesa pretendió resolverlo radicalmente.

—¡Hay que buscar otra doncella!

Jaime se aventuró a preguntar si había de ser guapa.

—¡Naturalmente!

—¿Y el señorito?...

—¡Ah, no sé! Lo primero son ellos... No voy a supeditar al señorito la tranquilidad de mi vida.

—Evidente—contestó el mayordomo.

La Duquesa, levantándose del asiento, aplicó el ultimátum.

—Pues tú verás... Tú eres el que ha de encontrarla.

Jaime no sabía cómo salir de aquel compromiso.

—Señora, yo...

—Tú, tú... ¿No fué tuya la idea de sustituir la servidumbre?

—De acuerdo con la señora —respondió el mayordomo, que no quería cargar con toda la responsabilidad.

—Sí, pero todo lo veías muy fácil. Resuelve ahora el conflicto. Tú siempre fuiste hombre de grandes recursos.

En verdad que el pobre hombre estaba aplanado, y se lamentaba para sus adentros de haber expuesto la idea del cambio, por cuya consecuencia se había armado la primera trapatiesta, y era de presumir que aun se produjeran otras.

—En este caso me declaro en quiebra—balbuceó por fin—. Si es fea, no la quieren los perros. Si es guapa, la quiere el señorito.

La Duquesa, con sus perritos al brazo, se volvió desde la puerta al oírle runruncar.

—Tú verás; de ti depende mi tranquilidad, la tranquilidad de éstos y la tranquilidad del otro. Resuelve tú.

—Pero, señora Duquesa...

La frase no pudo terminarse. La Duquesa acababa de abandonar el saloncito, cerrando tras sí la puerta, y el pobre Jaime se tiraba de los pelos sin hallar camino que le sacara del atolladero en que estaba metido.

—¡Muy bien! Que lo resuelva yo... ¿Y dónde encuentro yo esa mosca blanca?

Mas... bien es verdad que Dios aprieta pero no ahoga. Sin él saberlo tenía en casa la solución de sus quebrantos, pues acababa de llegar al vestibulo, modestamente vestida y sin sombrero, aquella Alicia a quien vimos viajar en el mismo buque que trajo a Carlos a España.

Respondía al portero, que, muy estirado, la estimaba sin duda de poca consideración social.

—Haga el favor de pasarle esta carta a la Duquesa de Campo Fiel. Es muy urgente.

—Bien; déjela ahí que ya se le pasará. Venga usted por la contestación, pasado mañana.

Alicia replicaba, contrayendo su cara con un mohín de disgusto.

—No. Ha de ser ahora. Hágame usted el favor de entregársela y ya verá como me recibe en seguida.

El portero no se dejaba convencer, y era tajante en sus palabras y ademanes.

—La señora Duquesa no recibe en seguida a nadie.

—A mí sí. Le traigo una alegría inmensa. Haga lo que le digo y se convencerá.

—No sea usted pesada. Ya le

be dicho que vuelva pasado mañana por la respuesta.

Jaime, que en aquellos momentos descendía al vestíbulo, se acercó al grupo al oír las voces.

—¿Qué sucede?

—Esta joven — dijo el portero, afilando su gracejo andaluz y su cara de pocos amigos — que se empeña en que hemos de darle cuenta inmediatamente a la señora Duquesa de su llegada.

Alicia venía, al parecer, bien documentada sobre las circunstancias que concurrían en el orden interno y personal del palacio de Campo Fiel, porque se adelantó hacia el recién llegado, diciéndole:

—Usted es Jaime el mayordomo...

—En efecto—contestó el interpelado—. Pero tiene razón el portero. La señora Duquesa no puede recibir en este momento a nadie.

—Yo sé que usted va a ser tan requetesimpático que le va a pasar esta carta. Yo espero aquí lo que ella conteste.

Y sin más preámbulos, como dando la cosa hecha, tomó asiento en espera de la autorización oportuna para ver a la señora.

Pero Jaime tampoco se avenía a tirar por la borda las normas y costumbres de toda una vida.

—Lo siento mucho, pero tengo orden de no molestarla.

Alicia se acercó de nuevo al mayordomo, cargando la dosis en sus zalemas y coqueterías.

—Jaimito... si yo sé que es usted muy bueno. ¿Verdad que sí?

Un poco se ablandó Jaime, y hasta sonrió, contagiado por la simpatía que irradiaba la muchacha al par que agradecido a sus frases amables; sin embargo no se dejó vencer, y recobrando su tiesa dignidad, persistió en la negativa.

—¡Imposible! Las órdenes de la señora Duquesa deben cumplirse escrupulosamente, y por mí más que por nadie.

—¿Sí?... Pues oiga...

La joven se adelantó resuelta hacia Jaime y le habló al oído. ¡Oh, prodigiosas palabras del "¡ábrete, sésamo!" El rostro del mayordomo fué expresando, gradualmente, primero el asombro, luego comprensión y al fin alegría.

Entonces, sin más palabras, cogió la carta de manos de Alicia y salió corriendo. El portero le vió subir las escaleras con tan extraordinaria agilidad que quedó asombrado.

—¡Eh!... ¿Qué tal? — le dijo Alicia volviéndose hacia él con cara de triunfo.

El confuso cancerbero estimó ya

fuera de su jurisdicción aquel asunto, y volvió al sillón, rascándose la cabeza.

Alicia sin reprimir su risa, y pensando que la cara es el espejo del alma, comenzó lentamente a subir las escaleras siguiendo las pisadas de Jaime.

La propia Duquesa salió a recibirla, y riendo también de buena gana la llevó consigo a su habitación.

—¡Chiquilla! Eres el demonio...

Según la carta que había aportado Alicia, y por los detalles que ella misma facilitaba, se trataba nada menos que de la sobrina que tanto esperaba y que en sus cálculos había destinado para esposa de su hijo.

No ya siguiéndole las pisadas, sino llevándolas al propio compás, había venido desde América detrás de Carlos — sus padres no podrían desplazarse hasta dentro de tres meses — y dispuesta a vencerle con sus propias armas.

La Duquesa no cabía en sí de gozo.

—¿Cómo ha podido ocurrirte semejante idea?

—La mejor de todas. Porque si me presento a él como su auténtica prima y no se fija en mí, la cosa no hubiera tenido muy fácil arreglo. Yo soy muy orgullosa... En

cambio así, si le engancha, aun valiéndome de un engaño, ¿dejará de ser porque le he gustado?

—¿Cómo no has de gustarle?— respondió la Duquesa, prendada ya de su simpatía y belleza—. Te presentes como te presentes...

Atajó Alicia:

—Ta, ta, ta... ¡Por si acaso! Le voy a atacar por su punto flaco.

Amor y alcurnia, madre y duquesa a la vez, pensando en Carlos elevó los ojos al cielo implorando el favor divino.

—Dios te bendiga si lo logras. Me tiene ya un poco preocupada a dónde arrastrará este hijo mío un abolengo de tantos siglos.

—Descuide...—dijo Alicia despojándose del gabán—; no le dejaremos.

Y como el plan era figurar como doncella en la dotación de la casa para enamorar a su primo, Jaime acababa de librarse de una preocupación—aunque ya esperaba que otra le caería en suerte, cual era sustituir a la fea que abandonó voluntariamente ante el ataque de los "gaugaus"—y la Duquesa recobraba la tranquilidad perdida.

En pocas palabras la puso al corriente de todo lo sucedido... y de qué manera sus cuitas dejaban de serlo.

—Vienes también a resolverme algo que me tenía consternada: el cuidado de mis perritos. Mira, mira cómo de ti no se asustan. ¡Claro, Señor! Y es que tienen un sentido de la belleza. No les gustan más que las doncellas guapas. En eso se parecen a mi hijo...

—Ellos sí que son guapos — exclamó Alicia acariciando a los perros, haciéndoles saltar a su regazo y jugueteando.

La Duquesa no podía ocultar su contento.

—¡Ah, vanidosos!... Ya los has conquistado. A ver si conquistas igual a mi hijo.

Alicia no pudo menos que echarse a reír.

—Lo mismo.

—Ahora que... ¡mucho tino! Si descubre la farsa, se ha perdido todo.

—No tema. Ya tuve buen cuidado de no dejarme ver demasiado en la travesía.

Después reafirmó, mirando alternativamente a Jaime y a la Duquesa:

—Este secreto nuestro no lo sabe más que Jaime, en quien yo sé que tiene usted plena confianza.

Y marchó dispuesta a vestirse el traje negro y el delantal blanco de doncella para poder luchar por un amor...

CAPITULO IV

Equipada con arreglo a las circunstancias, Alicia acude con Jaime a recibir el beneplácito de la Duquesa.

La imagen de Carlos está presente en los dos, y la muchacha lo adivina.

—¿Y usted cree posible—le dice a su tía—que llegue nunca a recor-

dar, bajo este delantal, a aquella pasajera misteriosa?

La Duquesa y Jaime la contemplan embelesados.

—Eres una auténtica Campo Fiel. Y de la rama de los guapos, porque... ¡de todo ha habido!

El mayordomo, circunspecto y ceremonioso, agregó:

—Me recuerda un poco a la señora Condesa, madre de la señora Duquesa, con todos los respetos.

La Duquesa la examinó con más detalle, corroborando aquel aserto.

—Es verdad; tiene cierto parecido. Dios haga que mi hijo no olfatee el parentesco...

A continuación, dirigiéndose a Jaime—una preocupación por otra, la que esperaba—le ordenó:

—Y tú, Jaime, que eres el único que está en el secreto de su verdadera personalidad, haz que la respeten los demás criados; hasta donde permita la farsa, claro.

Alicia besó con agradecimiento la mano de la Duquesa.

—Descuide usted, tía... Ya sabré yo hacerme respetar. Tengo muy buenas despachaderas.

Y, efectivamente, todo fué sirviendo para el caso: la mirada vigilante del mayordomo, y las despachaderas de Alicia.

Su peor enemigo, dentro de la buena fe, pero que no la dejaba quieta un momento, era Andrés, el ayuda de cámara del señorito Carlos.

En la cocina, delante del resto del servicio, que la tildaba de señorita y hacía pocas migas con ella, había intentado propasarse, y Alicia, vuelta cara a él, le atizó un soberano bofetón.

—Se lo llevo prometiendo a usted hace tres días, y yo cumplo siempre lo que prometo.

El muchacho procuró excusarse.

—Yo no quería abrazarla. Es que tropecé y me agarré a usted para no caerme.

—Y resulta que sí se ha caído.

—Es una lástima — dijo Andrés — que no sea usted tan esquiva con todos.

—Yo trato a cada cual como se merece—respondió ¿Alicia?... ¡no! María Rodríguez Quirós, que este fué el nombre con el que el mayordomo la presentó a todo el servicio, volviéndole la espalda.

Pidió a la cocinera que le preparase el desayuno de la señora, y mientras así lo hacía, y ella por su parte colocaba las cosas, con gran estmero, en la mesa-bandeja, se oyó también algún grito destemplado y frases de encono y envidia, pues ni siquiera los del mismo brazo se tienen caridad para estimarse y defenderse.

—Creí que esperabas a que te llevásemos tu desayuno a la cama.

—Yo lo tomaré cuando me parezca. Y para llevarle el suyo a la señora, llego muy a tiempo.

—Pues entonces, aun podías haberte levantado más tarde.

—No faltando a mi obligación, lo demás debe tenerles sin cuidado.

La cocinera seguía refunfuñando: —¿Se va a dedicar al canto tal vez?

—Pero ya hemos desayunado todos, y ahora tendré que prepararte a ti lo tuyo.

—Ya me lo pondré yo. No se moleste.

Andrés quiso también echar leña en el fuego del descontento.

—Se avergüenza la señorita de almorzar con sus compañeros.

Alicia le miró sin contestarle, y se dirigió a donde estaba la cocinera para recoger las últimas cosas.

—Dame las ciruelas... y no pases tanto el jamón.

Estas advertencias, que ante los demás iban en menosprecio del oficio, sacaban de sus casillas a la cocinera.

—Oye, niña... Llevo yo muchos años cocinando para que me digas tú cómo tengo que poner el jamón.

—Yo digo únicamente cómo le gusta a la señora. El jamón muy blandito... La fruta con mucho almibar... Los huevos crudos... y el té con muy poca leche...

Con los brazos en jarras se acercó la cocinera hacia María—hemos quedado que para los menesteres de doncella se llamaba María—, que estaba ultimando la preparación de la bandeja, y le espetó con cara de pocos amigos:

—Esa es otra. ¿Desde cuándo

desayuna la señora huevos crudos?

María contestó que todo era posible, y picó ella unas fernetas con buen timbre y mucho arte, dejando asombrados a la cocinera y al propio Andrés. Después agregó:

—Para hacer esto hace falta tomar muchos huevos crudos. Además—y cambió la conversación en el acto—que puede usted haber cocinado mucho, pero no en las casas de la aristocracia.

Cogió la bandeja con las dos manos, disponiéndose a salir, pero, al pasar junto a Andrés, intentó ése darle un beso en el cuello, al propio tiempo que le decía:

—¡Vaya voz... y vaya garganta!

La muchacha pudo zafarse con facilidad, y, dejando el servicio, blandió rápidamente una escoba, amenazando con ella al atrevido.

—Ahora verá usted, sinvergüenza. Se la está usted buscando y se la va a encontrar, muy serio... ¡Acérquese y verá el escobazo que se gana! ¿Quién se ha creído que soy yo?

Andrés pretendió solucionar el asunto con una broma.

—Pues la Barrientos, no hay más que verla.

—Le advierto que para cantár-

selas a usted muy claras, todavía me va a sobrar mucha voz.

Tiró la escoba en un rincón, y, recogiendo otra vez la bandeja, se disponía a salir cuando entró una criada del lote de feas pidiendo el desayuno del señorito.

Ramona la cocinera estaba por extrañarse aquella mañana de todo.

—¡Caramba, qué madrugador se ha vuelto!

—¿Por qué no cambias — dijo Andrés — y que se lo lleve María...? Seguramente lo tomaría muy a gusto.

La criada protestó, con aire de inocencia.

—No sé por qué. A mí todavía no me ha rechazado.

María le contestó, andando ya hacia la puerta:

—Tú preocúpate de tenerle la ropa a punto, y no te metas en más.

Pero algo más preocupaba al enamorado Andrés, que siguió tras ella, pretendiendo ahora cogerla por la cintura.

La presencia de Jaime en la puerta, que se dió cuenta rápida de la situación y se interpuso entre los dos, estropeó sus propósitos.

—¿Qué significa?... ¿Pero qué falta de respeto es ésa?

—¡Qué casualidad! ¿Es usted un mastín? ¡Le tengo siempre encima!

—Pues agradézcaselo — intervino María — porque por lo menos ahora, si no entra tan a tiempo, lo que tiene usted encima de la cabeza es todo el servicio. Conque tégalo en cuenta para lo sucesivo.

María salió con gesto altivo, y Jaime fué a sentarse junto a la mesa.

—En cuanto vuelva a sorprenderte molestando a María lo más mínimo, se lo digo a la señora y vas a la calle. Pues, hombre... ¡No faltaba más!

Andrés, de pie frente a él, encendió un pitillo, y le respondió con descaro:

—A ver si soy yo el que le dió a la señora cuáles son las intenciones de usted.

El mayordomo se le quedó mirando como quien ve visiones, y apenas si encontraba palabras con que responder.

—Porque, ¡vamos! Al fin y al cabo, ella y yo somos jóvenes, y entre dos jóvenes ya se sabe honestamente cuál puede ser el final. Pero el final de usted está ya muy próximo para ofrecérselo a nadie.

—¿Qué estás diciendo?

—Créame: no se meta en jaleos superiores a sus fuerzas, porque lo único que va a lograr de ella es que se ría de usted.

Y mientras en la cocina había

en la disputa unos ribetes de seriedad, en el dormitorio de la Duquesa se comentaba el caso con un poco de jolgorio, matizado por la franca risa de Alicia-María.

—Y lo más gracioso de todo esto es la situación del pobre Jaime.

La Duquesa, recién levantada, comparte el desayuno con Alicia, y tienen las dos buen apetito.

—¡Pobrecillo!—dice la Duquesa, contagiada también por la risa de su sobrina—. Él, que ni cuando era joven se permitió jamás hacerle cucamonas a ninguna sirvienta por considerarlo una falta de respeto.

—Ahora todos piensan de él que mis encantos le han hecho perder la cabeza.

—El bueno de Jaime... ¡Nuestro gran aliado!... Quiere a mi hijo con locura. Y tú, pícara, te lo has metido también en el bolsillo.

Alicia continuó riendo.

—Sí, sí. Yo me he metido en el bolsillo a todos... menos al primito, que sigue sin haberse fijado en mí.

—No, ¡si será capaz de habérselo olido! ¡Buena pieza está hecho! Porque, ¡vamos!... Si no se explica. No sólo por lo bonita que tú eres, sino por el contraste con las fieras que le sirven. ¡Te digo yo que este hijo mío es más raro!...

La conversación seguía animada por el buen desenfado de la sobrina.

—En fin; si la cosa no sale como deseamos, no hay nada perdido. Me paga usted mis salarios y me vuelvo a América sin que se entere nadie de la farsa.

La Duquesa protestó.

—Nada de eso, pequeña. Hay que luchar hasta que lo metamos en la canasta. Hazlo por mí. Yo ya no podría vivir sin tu cariño y sin tus cuidados.

Terminado el almuerzo pasaron al saloncito de música.

—Tampoco podría pasar sin oírte cantar, y sin estos momentos nuestros tan íntimos que con mi hijo no pude nunca disfrutar; no tanto por su condición de hombre, como por su condición de tarambana.

La Duquesa se dirigió al piano, seguida de Alicia.

—Y te advierto que es un gran aficionado al canto. Si pudiéramos hacer que él te oyera. Pero... ¿cómo? ¿Quién va a convencerle de que una simple doncella sepa cantar ópera...? Para mí ya fué una sorpresa...

Se sentó al piano, y la muchacha comenzó a rebuscar entre los papeles de música el aria de "La flauta mágica", de Mozart.

—Papá no ha querido nunca

que se divulgara por miedo a que me aficione y pueda querer dedicarme a la ópera... ¡Y esa hubiera sido la mayor ilusión de mi vida!

La señora Duquesa aplaudía *in mente* la decisión por la que se lamentaba Alicia.

—Claro, claro... Artista, tampoco a mí me gustaría que lo fueras. Cantar para todos, no. Ahora, que para mí sola, sí...

Acompañada al piano por la Duquesa, Alicia cantó con maestría insuperable. Las dulces melodías de Mozart fueron gozadas en íntima comunión por las dos mujeres.

Mientras tanto, Carlos, se terminaba de vestir, ayudado por Andrés, y frente al espejo cuidaba de dejar perfecto el nudo de su corbata.

El ayuda de cámara había iniciado la conversación sobre María, para saber hasta qué punto podría o no ser rival suyo el señorito.

—Lo que es por mí, ya puede estar bien tranquila mi madre, que la doncellita ésa no es mi tipo. La encuentro muy señorita.

Andrés no podía ocultar su complacencia.

—Sí; ya me había parecido observar que al señorito no le hacía tíñn—le dijo, entregándole el chaleco después de bien cepillado.

—Presume demasiado... Tiene

un aire desdenoso... Sin duda para que se fijen más en ella. Pero conmigo no sirven esas mañas.

Andrés le ayudó a poner la americana.

—Tiene razón el señorito para no fijarse en ella. Es una niña tonta. Se da unos aires de duquesa... En la cocina, nunca desayuna con nosotros. Y tampoco es tan bonita como ella se cree.

Carlos encontraba la cosa regocijada.

—¡Hombre, qué raro! Es la primera vez que tú no me recomiendas una doncella guapa. ¡A ti te ha gustado!...

—Sí; el señorito ha dado en el clavo. Es cierto. Me gusta mucho. Y ya que el señorito no le pone los puntos, me voy a permitir ponerse los yo.

—¡Hombre!... No está mal la franqueza.

—Con todos los respetos le diré al señorito que a mí, lo que precisamente me gusta de ella es lo que al señorito le desagrada. ¡Ese empaque señorial que tiene!...

—Pues, nada; ¡suerte!—le dijo Carlos, tomando los guantes de manos de su ayuda de cámara, y saliendo de la habitación.

En el pasillo encontró al mayordomo, que se adelantó para entregarle el sombrero.

Seguramente estaba la mañana de confidencias, porque también éste exteriorizó las suyas a Carlos.

—Con todos los respetos, he de decirle al señorito que ésta sí; ésta sí vale la pena de cualquier disparate. No sólo es guapísima, sino que tiene aire de gran señora.

El joven se le quedó mirando con cara de guasa, pero aquél prosiguió, sin enterarse.

—En confianza le diré al señorito que casi todas las mañanas lleva los perritos a pasear por el parque.

—Pero, ¿cómo es eso, Jaime? Tú, mi canchero de siempre, recomendándome a una doncellita y hasta diciéndome que puedo encontrarla... ¡Esto tiene la gracia del mundo!

Jaime quedó un poco corrido al ver lo a gusto que se reía Carlos.

—Es que, como ya me parece

una cosa inevitable en el señorito su afición por las doncellas, y a ésta la considero algo excepcional, ¡única en su género!...

—¡Caramba, qué entusiasmo! ¿A que resulta que también te ha gustado?—le atajó riendo de nuevo y marchando ya hacia la puerta.

Jaime le siguió todo acongojado.

—Señorito Carlos... ¿Cómo iba yo a permitirme? ¡Yo siempre he sabido respetar esta casa!

Carlos se volvió un momento antes de salir.

—Sí, pero me recomiendas a la doncellita. ¡Es la cosa más graciosa que yo he visto en mi vida!

Jaime era viejo, relativamente, y tenía, por lo tanto, la filosofía de los años. Pensó que la risa era externa y que sus palabras podían haber empezado a calar hondo, en mitad del corazón.

CAPITULO V

Si el señorito estaba ya en la calle, los perros permanecían aún en la bañera.

El primero en terminar su baño fué "Arturito", que quedó sobre

una butaca con el albornoz puesto. Y Alicia, metida con "Miguelín", estaba dándole un enjabonamiento de padre y muy señor mío.

La Duquesa contempla la esce-

na, y charla animadamente con Alicia; su conversación, salpicada de cariños, va a parar indistintamente a su hijo, a los perros y a la propia Alicia, que ríe gozosamente sus salidas.

—No te rías. ¡La cosa no tiene maldita la gracia! ¿Qué más podía desear el zascandil de mi hijo?

De pronto, al ver que la muchacha está chapuzando con fuerza a "Miguelín", y que el perro pugna por salir de la bañera, le dice:

—No le hagas eso... ¿No ves que le asustas?

—No lo crea. Todos los días jugamos un poquito.

Lo saca al fin, y, colocándole igualmente su albornoz, lo deja en otra butaca. Después coge a "Arturito", empezando a peinarle, y haciéndole monerías.

—Ellos saben que no les hago nada malo, y me quieren mucho, ¿verdad?

La Duquesa se acerca al tocador, y ayuda a la doncella a friccionarle con colonia.

—Sí, sí, hija mía. En esta casa has sabido conquistar a todos, menos al que venías a conquistar.

—Peor para él. Pero yo prefiero haberla conquistado a usted. Vale más la madre que el hijo.

Deja un perro y coge el otro para arreglarlo.

—¡Qué pícara zalamera eres... y qué guapísimo mi querido hijo!

—Un poquico, tía. No se ofenda usted, pero esa es la verdad.

—No te preocupes. Esta farsa no puede durar mucho. Si no da pronto el resultado apetecido, te presento con todos los honores y ya verás si hay muchachos en nuestra sociedad que demuestren tener mejor gusto que él. ¡Pues vaya!

—¡Nada de eso!—protesta Alicia mientras coloca a los perros su mantita y collar—. Hasta que lleguen mis padres, esto queda en el más absoluto secreto.

—Pero, chiquilla, ¿tres meses haciendo de doncella? Y lo que es muchísimo peor, ¡soportando impertinencias en la cocina!...

—Le advierto a usted, tía, que estoy pasando unos días divertidísimos. Y, después de todo, ¡vaya un trabajo! Ahora, de paseo, a lucir por el parque a estas dos monadas...

Colocó a los perros sobre el tocador, para que se miraran en el espejo, con su cabeza entre los dos.

—¿Qué, estamos conformes con la *toilette*? ¿Nos encontramos guapos?...

Los perros dieron su asentimien-

to moviendo la cabeza de arriba a abajo.

—Pues en marcha.

Alicia, en un periquete, se puso un traje sencillo, pero de buen corte, y el gabán de entretempo, y los perrillos se esponjaron de satisfacción tan pronto como se vieron en el corredor de la casa.

—No los llesves por donde haya mucha gente — le previno la Duquesa.

—No; vamos al parque. Allí nos salen muchos novios. ¡Qué sé yo los que quieren comprármelos! Como que causamos sensación...

...Y la gente se les quedaba mirando, efectivamente, porque formaban un grupo delicioso de original gusto en aquel paseo.

Pero, aquella mañana, cruzóse con ellos el viajero que gustaba de decirle chicleos durante la travesía, y se la quedó mirando, como reconociéndola. Después, aunque a bastante distancia, echó a andar tras ella.

Alicia volvió la cabeza, y aceleró el paso al notarse seguida; el hombre, a su vez, anduvo más de prisa ante la seguridad de que no fallaba su memoria.

De vez en cuando miraba la muchacha hacia atrás, y en un recodo del camino tropezó casi con el Marqués del Sotillo, que deambulaba

por allí en prácticas de "gimnasia respiratoria".

—¡Caramba! ¿Qué te pasa, muchacha? Parece que vienes huyendo...

Alicia quedó encantada del encuentro, que le evitaba un peligro, pero intentó disimularlo.

—No; no, señor Marqués. ¡Nada de eso! Es que jugaba con los perrillos. ¡Son más traviesos!...

—No; a mí no me engañas. Tú tratas de evitar que alguien te siga. Si quieres, yo te serviré de espantapájaros.

—¿Qué cosas se le ocurren al señor Marqués!

—Después de todo — dijo el Marqués mientras echaban a andar de nuevo—, entre pasear solo y con una muchacha tan bonita como tú, ¿quién podría dudar?

—Yo, honradísima con la compañía del señor Marqués; pero si nos viera la señora Marquesa, ¿cómo me juzgaría?

—Mal, muy mal, hijita... Pero eso no debe importarte mucho. Mi señora juzga siempre mal a toda mujer guapa. Es una cuestión de incompatibilidad.

A Alicia le hacía gracia la franqueza de aquel hombre.

—¿Qué caracteres tan distintos tienen ustedes! Usted, señor Mar-

qués, es la simpatía andando, y la señora Marquesa...

—La antipatía parada—concluyó el Marqués.

Alicia, o mejor María en este caso, afirmaba que ella no había dicho tanto, y el Marqués, por su parte, sostenía que, aun sin decir nada, había pensado mucho más.

—El señor Marqués—continuó la doncella—fué siempre muy amable fijándose en mi modesta persona.

—Conque modesta, ¿eh?... Lo que le pasa al señor Marqués es que no es tonto, y cuando ve una flor bonita, la admira, la...

La muchacha comprendió que el símil era meter las narices, y le atajó rápida.

—Sí, pero de lejos. ¡Imagínese que soy una camelia!

—Bien, bien... Pero tú si tienes perfume.

—¿No serán todas estas flores las que huelen y no yo?...

—No; cada una tiene su aroma peculiar.

Habían llegado en su paseo ante la terraza del café, y el Marqués la invitó galantemente a tomar cualquier cosa.

—No, muchas gracias. Puede vernos alguien que conozca al señor Marqués, y... ¿qué dirá vien-

dole pasear con una doncella de casa de su hermana doña Isabel?

—No te preocupes. No sería la primera vez...

María, en verdad, se veía comprometida. Tenía miedo de soltar al Marqués, porque sería tanto como caer en la persecución del viajero tenorio, y por otro lado no estimaba correcto pasarse con él la mañana mano a mano.

Encontró al fin una salida airoso: se lo preguntaría a los perros. Agachándose a cogerlos, y con la seriedad que el caso requería, preguntó a "Arturito" y a "Miguelín":

—¿Qué os parece? ¿Nos sentamos un ratito?

Los perritos, al parecer desearos de aquel descanso que se les brindaba, movieron la cabeza de arriba a abajo, dando su aquiescencia, con la misma seguridad con que en casa se dicen por satisfechos con su atavío.

El Marqués, espiando sus movimientos, dió un brinco de alegría al salirse con la suya.

—Han dicho que sí.

—Entonces, no hay más que hablar. Ellos mandan.

Se internaron por la pérgola, buscando acomodo.

El Marqués abría plaza, indicándole sitios que estimaba preferentes.

—¿Dónde quieres que nos sentemos, aquí o allí?

En el atolondramiento propio de aquel instante, pasaron junto a Carlos sin verle, que estaba tomando su aperitivo, y éste les advirtió:

—Si quieren ustedes sentarse aquí en mi mesa, yo no tengo inconveniente.

Quedaron sorprendidos los dos, y el Marqués se le acercó efusivamente.

—¡Caramba!... ¡Sobrinete! ¿Cómo tú por aquí?

—No creo que sea tan raro verme por aquí... Vengo con bastante frecuencia.

Alicia-María había quedado a respetuosa distancia, y el Marqués la instó para que se aproximara.

—Acércate, acércate, hija. ¡Este no se asusta!

Maria avanzó lentamente, y el Marqués, si bien no como explicación, quiso sincerarse ante su sobrino.

—¡Vaya, hombre, vaya!... ¡Qué sorpresa!

—Sí, en efecto. Siéntense ustedes—y les invitó con el ademán a que se acercaran a ellas junto a su mesa.

—Ante todo debo decirte que esto se debe a un encuentro casual.

Sin embargo, Carlos, procuró

evitar toda violencia en aquella aproximación.

—Muy bien, muy bien. Sin explicaciones...

—Pero el señor Duque no supondrá...—dijo con timidez la doncella.

—Y sin tratamiento, ya que aquí estamos todos en amigable campeonía.

El Marqués, sentado junto a su sobrino, le dió una cariñosa palmita en la mejilla como cierre de aquel circunloquio de "quedar bien", que le fué correspondido en la misma forma.

—¡Qué simpátquete eres, sobrinillo!

—¡Y qué requeteperillán eres tú, tiarro!

La llegada del camarero cortó las efusiones familiares.

—Los señores dirán...

Carlos preguntó a la muchacha qué quería tomar. Pidió un refresco, y el Marqués, coñac.

La conversación siguió de nuevo por los mismos derroteros; no podía ser de otra manera, ya que a nadie se le ocurrió la tontería de traer a colación el buen tiempo que estaba haciendo, que es el tema más socorrido cuando no se sabe qué decir.

—No te imagines nada. Maria

es de lo más formalito que habéis tenido en casa...

—Sí, desde luego—respondió el duque de Campo Fiel—. Yo no hablaba de lo que ella sea, sino de lo que eres tú.

María deshizo con facilidad el doble juego que pudiera haber en aquellas palabras, al decir que el señor Marqués se había conducido siempre con ella con la máxima corrección, sin haber ofendido en lo más mínimo su dignidad.

—Naturalmente — objetó Carlos.

Y prosiguió la doncella:

—Tampoco ha extremado su orgullo haciéndome ver bien clara la distancia que nos separa.

Carlos no quiso darse por aludido.

—Sí, sí; ¡es muy campechanote!

Aquella alusión le hizo meter baza al Marqués.

—Sobre todo, tratándose de chicas guapas, me gusta mucho acortar las distancias.

El camarero empezó a servir lo pedido, y Carlos se dió cuenta entonces de que faltaba alguna golosina para los perros.

—Caramba... ¡Si hemos olvidado a los principitos! ¿Qué queréis tomar?

María le dirigió una mirada de

agradecimiento, y acarició a la simpática pareja "Arturito"- "Miguelín".

—Patatas, ¿verdad?

El camarero fué a buscarles la ración.

—Pero no les habéis preguntado — indicó el Marqués — si las quieren *soufflés* o a la inglesa.

Respondió la muchacha, con mucha coquetería, que como ella se las diera, pues los tenía amaestrados a su voluntad.

—Eso le debe a usted pasar con todos — añadió con galantería el Marqués.

María miró a los dos hombres insinuante.

—Con todos, no.

—Con todos los que usted se proponga.

—Eso desde luego. Ahora que lo que hace falta es que yo me lo proponga.

Carlos recogió la alusión.

—¿Y no le ha fallado a usted nunca?

—Hasta ahora, no; nunca.

La muchacha estaba como avergonzada de sus propias palabras, y notaba que el rubor teñía sus mejillas. Procuró serenarse, y se disponía a beber un poco de su refresco, pero se detuvo súbitamente.

Tenía de nuevo ante sí la persecución del viajero enamorado.

Se levantó rápida.

—Ustedes perdonen. Tengo que marcharme. Con permiso...

Y con cara de susto echó a andar muy de prisa.

Carlos, intrigado, se volvió para ver qué es lo que llamaba la atención de su doncella, conmoviéndola de tal manera, y captó a su perseguidor, aunque por la distancia no pudo reconocer a su compañero de viaje.

A la salida del parque pudo Alicia coger un taxi. Metió en él a los perritos, y ya se disponía a subir cuando le dió alcance su perseguidor.

—Usted perdone, señorita. La vengo siguiendo a usted, toda la mañana. Es decir, — y marcaba las eses con fuerza y acento argentino — la vengo siguiendo muchos días y muchas singladuras.

—¿Singladuras?

—Sí; hice el viaje desde América en el mismo barco que usted. Usted lo sabe muy bien, señorita, porque durante la travesía no dejó de mirarla.

—Se equivoca usted, caballero; yo no soy esa viajera.

Subió al coche e intentó cerrar la portezuela, impidiéndolo él.

—No, no, no. ¡La recuerdo muy bien! Quedó usted demasiado grabada en mi imaginación para que pueda confundirla.

Alicia intentó otra vez cerrar la portezuela, pero él no la dejó, ladrándole los perros por este atrevimiento.

—¡Basta!... ¡Déjeme usted en paz!

—No; esta vez no se me escapa.

—Le digo a usted que se equivoca. Yo no soy aquélla.

Pudo, por fin, darle un empujón y cerrar de golpe, ordenando rápidamente al conductor que se pusiera en marcha.

El tenorio argentino quedó tambaleándose en medio de la acera, pero apresuradamente tomó otro taxi para continuar la persecución.

Sonreía satisfecho, porque la aventura entraba en nuevas fases de mayor interés.

CAPITULO VI

En el gabinete particular de la Duquesa, y los perrillos en brazos de doña Isabel, estaba Alicia contándole lo ocurrido en el parque aquella mañana.

—Si hubiera usted visto, tía, a estos pobrecitos cómo me defendían. Si no llega a ser por ellos, yo creo que se mete en el coche.

—Pues es un riesgo, porque si ese pollo descubre tu verdadera personalidad, nos lo echa todo a rodar.

Alicia, pasado el peligro, volvía a estar contenta y a ser dueña de sus nervios.

—Sí. Hay que ver la forma de deshacerse de él... ¡Un asesinato me parece demasiado fuerte!

—No lo echas a broma, Alicia.

—Si vuelvo a topármelo, puede que le dé un poquito de coba. Es posible que sea ese el mejor medio para evitar que me descubra ante los demás.

—Buena — dijo la Duquesa, cambiando de conversación—. Lo importante es lo que me cuentas

de mi hijo. Qué, ¿crees tú que picará?

—Seguro. He tocado su amor propio. Ahora que, y no se inquiete usted por lo que voy a decirle, en cuanto vaya a picar, le retiro el anzuelo.

Pero sí que se inquietaba por que la broma fuese más allá de lo previsto.

—Mira, mira... No juegues, que él es también muy orgulloso. Y verse todo un señor Duque de Campo Fiel siendo juguete de su doncella...

—Usted déjeme a mí, tía, que de eso sé yo más que usted.

—Oye, oye—dijo, galleando, la Duquesa—. ¿Te crees que yo no he sido joven?

—Sí—respondió Alicia haciéndole una carantoña—, pero eran otros tiempos mucho más fáciles para la caza del marido. Ahora, ya ve usted todas las artes que yo tengo que poner en juego para cazar a mi señor primito.

Y alestada por la propia Du-



En el despocho del administrador, cinco doncellas guapísimas...



—Ustedes cinco quedan admitidas.



—Estos son sus cunitos.



...tenía en su regazo a "Arturito" y a "Miguelín"...



—Sí, sí. Yo me he metido en el bolsillo a todos.



—¿Y no le ha fallado a usted nunca?



—¡Vaya, hombre, vaya! ¡A ver si acabamos de una vez!



—El demonio del hombre. Aquello que dijiste de asesinato...



Se miran los dos y hoy en su mirada todo un mundo de ilusiones.



—Va usted a cantarnos, para que la señora Marquesa vea que no exagero sus cualidades.



—Tú la quieres sinceramente, ¿verdad?



—Es un encanto... un encanto. A ver por este lado.



—y la llevó ante el espejo para que pudiera contemplarse...



—¡Es tu prima Alicia, tonto!



—Bueno, pero ¿qué le digo a Alicia?



—¡Buena... bueno! ¡Andad! ¡Subid ya, que vais a perder el tren!

quesa, incrementó más aún el cerco con el fin de ir consiguiendo algunos resultados positivos.

Pronto se le presentó ocasión propicia.

En uno de los corredores de la casa encontró a Andrés, que llevaba al brazo un traje de mañana del señorito Carlos, y le detuvo.

—¿Es el traje del señorito?

El ayuda de cámara, molesto con la muchacha por el poco caso que hacía a sus insinuaciones amorosas, le contestó muy displicente:

—No creo que a usted le deha importar de quién sea el traje.

—Si es del señorito, dímelo.

—¿Para qué?

—Para llevárselo yo.

Andrés echó a andar sin hacerle caso.

—En mi vida vi frescura semejante.

Alicia-María corrió detrás de él, y le detuvo cogiéndole del brazo.

—Bueno; usted déme el traje y júzguelo como quiera.

—Como toque usted este traje, tenemos un disgusto serio... No insista usted, porque es inútil.

Por el extremo opuesto del corredor, debido a lo cual el ayuda de cámara no podía verle, se acercaba hacia ellos el mayordomo. Este refuerzo hizo envalentonar a la

muchacha, y de un tirón le arrebató el traje.

—¡Vaya, hombre, vaya! ¡A ver si acabamos de una vez!

María escapó rápida, y Andrés pretendió seguirla, pero se interpuso Jaime sujetándole.

—¿Qué es eso, hombre? ... ¿Dónde vas tan furioso?

—Déjame usted, déjeme usted...

—¡Quieto! —ordenó el mayordomo.

—Pero, ¿usted no ve que me ha quitado el traje del señorito para llevárselo ella?

—Déjalo. Mejor para ti. Así trabajas menos.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo con retintín el ayuda de cámara.

—Pues claro...

—Pues no, señor. Ayer me hizo lo mismo con los zapatos. Y anteayer con la bata... Y no pide el señorito una cosa que no se adelante ella a llevársela. ¿Y sabe usted por qué?

Jaime puso una cara de extrañeza tan original, que parecía recién caído de las Batuecas.

—¿Por qué?...

—Pues porque está por el señorito que muerde los adoquines.

Tan poca importancia le dió el mayordomo a tan severa afirmación, que se dispuso a continuar su camino.

—¡Bueno, hombre, bueno! ¿A ti qué te importa? ¡Allá ellos!

Andrés no cabía en sí de asombro.

—Pero ¿es usted, el moralista de siempre, el que ahora tiene la manga tan ancha?

—Allá ellos, chico, allá ellos. No te metas donde no te llaman. Créeme...

Llevado de la indignación que sentía, se aventuró a poner el caso en conocimiento de la Duquesa, que acertaba en aquel momento a pasar por allí.

—Sí, ¿eh?... Pues veremos qué le parece a la señora Duquesa. Perdón, señora Duquesa—dijo saliendo al encuentro—. Tengo que decir a la señora algo que la disgustará mucho, probablemente, pero es mi obligación...

—¿Qué es ello?—preguntó doña Isabel, calándose los impertinentes.

—Que la nueva doncella de la señora es de una moralidad un poco dudosa.

Aquella acusación brutal indignó a la Duquesa.

—¿Qué dices, majadero?

—Que le está poniendo los puntos al señorito.

La indignación de doña Isabel bajó de punto. Aquello era otra cosa, y se limitó a preguntar:

—¿De veras?

—Como lo oye la señora. Y para conseguir que él se fije en ella no repara en medios, hasta el punto de suplantarme en mis obligaciones; con lo cual me deja en el mayor de los ridículos, y en el más desairado de los papeles. Porque, claro, el señorito, hombre al fin...

La Duquesa, muy interesada, atajó la relación queriendo conocer pronto el fin.

—¿Qué, pica... pica?...

—Señora Duquesa... —exclamó Andrés con cara de asombro.

—¡Qué pícara, qué pícara! —fué diciendo como para sí doña Isabel, continuando su camino.

La siguió, hablándole, Andrés, como para justificar el paso que acababa de dar.

—La señora Duquesa ya sabe que el señorito no necesitó nunca tantas facilidades...

—Sí, claro, claro... Pues no seas tonto, no te sofoques, y haz la vista gorda.

La sorpresa hizo detenerse a Andrés, que quedó viendo visiones.

Vino a sacarle de su abstracción la voz de Carlos, que, dispuesto ya para marchar, le hizo una seña desde la puerta de su cuarto para que acudiera.

La Duquesa también se detuvo

al oír a su hijo, y quedó observando lo que ocurría.

—Oye, Andrés—le dijo Carlos al acercarse su ayuda de cámara—, María te dará instrucciones sobre ciertas reformas que hay que hacer en mi guardarropa. Atiéndela en todo. Es inteligente, muy inteligente, esta muchacha.

La Duquesa, satisfecha de la cena que acababa de presenciar, y frotándose las manos de gozo, siguió hacia sus habitaciones, y aun vió desde el mirador encristalado cómo el muchacho, guiado por sí mismo el automóvil, salía del palacio.

* * *

Usando de las atribuciones que le habían sido conferidas, María empezó a dar instrucciones al ayuda de cámara.

—Vuelvo en seguida a decirle lo que hay que hacer. Entre tanto, vaya usted limpiando y poniendo en orden todo eso...

Salió triunfadora, arrogante y pizpireta, y Andrés se quedó en la habitación echando bombas. Se aproximó al centríto, donde había plegado cuidadosamente un traje de etiqueta, y lo tiró al suelo con rabia.

Y mientras para sí maldecía a

aquella muchacha, que en todos los órdenes estaba dándole de lado, María recibía una felicitación efusiva del viejo mayordomo, con quien se encontró en lo alto de la escalera.

—¡Bravo, señorita, bravo! ¡Esto marcha!

—Gracias también a su ayuda, Jaime — respondió la doncella—. ¡Es usted un auxiliar maravilloso!

—No me lo agradezca demasiado la señorita — el hombre, como estaba en el secreto, le aplicaba el tratamiento siempre que podía—. Si supiera la señorita todos los berrenches que a mí me han hecho pasar ciertas doncellitas ambiciosas...

—¡Ah!, ¿sí?

El mayordomo continuó sus confidencias.

—Yo he servido toda mi vida en esta casa a duques auténticos... Y por las veleidades del señorito he visto muchas veces en peligro la aristocracia de mi servidumbre, llamémosle así. Porque yo no le llamo duquesa a una criada, aunque me aspen.

—Descuide usted, Jaime. Ese peligro lo destierro yo para siempre. Viva tranquilo...

Y con un signo de inteligencia, que para los dos expresaba optimismo y seguridad de vencer, di-

ron por cerrada su conferencia y dos vulgares asalariados en acto de empezaron a bajar la escalera cual servicio.

CAPITULO VII

Al llegar a los últimos tramos de la escalera, oyeron con claridad la conversación del portero con un señor que pretendía ver a la Duquesa. Alicia-María recordó su situación análoga cuando llegó al palacio, si bien ella venía adestrada perfectamente y llevaba de refuerzo la carta que para doña Isabel representaba todas las garantías, y por lo tanto el acceso era seguro.

No le ocurriría igual al caballero presente. Tenía la convicción de que así sería, pero, en todo caso, estaba ella a punto para impedirlo, pues reconoció al punto el dejo argentino de su seguidor del parque y de tantas singladuras, según confesión propia, y no se explicaba cómo habiendo podido burlar su persecución en el taxi habría podido dar con su dirección.

—Le he dicho a usted que la señora Duquesa no recibe hoy.

—Es que mi visita es muy urgente.

—¡Como si no!... Deje tarjeta.

—Pero, ¿para qué voy a dejar tarjeta? ¿No le digo que la señora Duquesa no me conoce?

Jaime se adelantó hacia la puerta del vestíbulo, y Alicia-María se quedó al pie de la escalinata, deseosa de conocer cuanto ocurriera.

El portero arrojó en su negativa.

—Pues si la señora Duquesa no le conoce, ¿cómo quiere que le reciba?

—Es que se trata de un asunto de familia...

Aproximándose al grupo, le dijo el mayordomo que la señora Duquesa no podía recibirle entonces, y que volviera el jueves.

El caballero argentino, al variar su postura para atender las explicaciones de Jaime, alcanzó a distinguir a Alicia y quedó asombrado.

Fija la mirada en ella, fué silueta sobre su traje de doncella aquel que usara a bordo y después el gabán de entretiem po con que la encontró en el paseo con los perros. No cabía duda de que era la misma. Estaba de nuevo sobre la pista de la aventura...

La muchacha, al darse cuenta de que el caballero la había visto, echó a correr de nuevo escaleras arriba.

Jaime, que desconocía cuanto estaba pasando por la imaginación de tan extraño visitante y no podía adivinar las causas por las que había quedado tan absorto, se creyó en el deber de llamarle la atención.

—¿No ha oído el señor?

El aludido reaccionó como si despertara de un sueño.

—¿El jueves?... Bueno; pero es que lo que vengo a desirle le interesa grandemente.

Jaime llegó hasta dudar de si aquel hombre no tendría trastornadas sus facultades mentales, y muy finamente se apresuró a abrirle la puerta.

—No lo dude, señor; pero las órdenes son órdenes.

Sin dejar de mirar hacia donde estuvo Alicia, fué saliendo, mientras vagamente coordinaba las ideas.

—Bien, volveré. El jueves me dijo, ¿no?

—El jueves, si señor—asintió el mayordomo, cerrando de golpe, y dispuesto a darle con la puerta en las narices si pretendía volver a insistir.

* * *

María llegóse corriendo a las habitaciones de su tía para contarle lo sucedido, y pegadas las dos al ventanal aguardaban verle salir.

La muchacha, que no pudo oírle las indicaciones de familia que el otro hiciera, creyó que se trataba de una visita formularia, por su deseo de saludar a Carlos, con quien tal vez hubiera intimado durante la travesía.

—Figúrese usted el compromiso. Si este hombre ve a Carlos y le cuenta de qué me conoce, se ha perdido todo.

—El demonio del hombre—comentó la Duquesa—. Aquello que dijiste del asesinato, no era ningún disparate.

Alicia-María, que no dejaba de mirar por entre las cortinas, le advirtió:

—Mire. Se ha parado en la acera de enfrente.

Efectivamente. Cruzada la calzada, miraba con insistencia a to-

dos los balcones de la finca, seguramente con el ánimo de localizar a la muchacha por alguno de ellos.

María adoptó una resolución, y se dirigió hacia el secreter de la Duquesa.

—Alejemos el peligro más inmediato.

—¿Qué vas a hacer? No cometas ninguna imprudencia.

—No tema—dijo, poniéndose a escribir—. A grandes males, grandes remedios. Se va a quedar hecho en el parque, esperándose.

—No seas loca...

Era tan polvorilla, que lo tenía ya todo hecho. Cerró la carta, y con ella en la mano se dirigió al ventanal, abrió una hoja de la cristallera y la mostró al viajero. Este, al notar la maniobra, impulsivo como siempre, cruzó la calle y tuvo que sortear un automóvil, expuesto a ser atropellado.

Pero... ¡avanzaba la aventura! Alicia le echó la carta, arrugada en forma de pelota. El enamorado siguió el curso de la caída del papel; lo desarrugó y leyó afanosamente; con sonrisa gozosa hizo una seña de gratitud hacia el ventanal y se alejó con aire satisfecho.

Tía y sobrina quedaron riendo de buena gana.

—¿Ve usted?...

—Eres un diablillo...

—Uno menos. Así iremos eliminando a todos los que nos estorben. A unos con estratagemas y a otros con coqueterías. A cada uno, según convenga.

Cerró la hoja del ventanal que había abierto, y acercándose a doña Isabel le arregló con gracia algunos rizos que tenía algo deshechos.

—Con mi hijo hay que quemar todos los cartuchos. ¿Cómo haré yo para que te oiga cantar sin que sospeche?

Alicia propuso también la solución.

—¿Y no podría ser yo una muchacha que tiene buena voz y careciendo de medios para pagarse los estudios recurre a éste para lograrlo? Estando, como en apariencia lo estoy, mantenida, vestida y con buen sueldo, bien podría dedicarlo todo a mis estudios de canto con la esperanza de mi liberación.

—¡Magnífico! Yo sorprendí tu secreto, y se lo cuento a todos.

Y llevadas las dos mujeres de su entusiasmo por la música, se acercaron al piano para glosar la belleza de tantos momentos de inspiración feliz como tiene la partitura de "El barbero de Sevilla".

* * *

Modernizado el cuarto del señorito Carlos, conforme a las directrices marcadas por María, y habiendo vestido la última pieza recibida, un armario de peso ligero, de tonos claros, precioso, con infinidad de detalles prácticos y del mejor gusto, se lo estaba mostrando al ayuda de cámara, quien lo miraba todo con cara de resignación.

—¿Lo ve usted, Andrés? Así tendrá usted que trabajar muchísimo menos.

—Hasta ahora, no he necesitado ayuda de nadie.

María le dirigió una deliciosa sonrisa.

—¿Tanto le molesta que yo le ayude?

—Lo que me molesta es que entre usted en este cuarto. ¿Ya sabe usted por qué!

—¿Está usted muy seguro de saber lo que busco en este cuarto?

—¡Un ciego lo vería!—respondió Andrés.

—Pues tenga usted más vista, porque a lo mejor se equivoca. Hay quien adora al santo por la peana, y hay otros que adoran la peana por el santo...

Y alcanzando la puerta salió riendo, mientras en el rostro del ayuda de cámara brillaba un rayito de esperanza y de optimismo.

Fué a seguirla, pero se detuvo

al ver que por el corredor avanzaba la Duquesa, y que precisaba de sus servicios.

—María—le dijo—. Búsqueme en la biblioteca "Jeromín", del Padre Coloma, y llévemelo al invernadero.

—Bien, señora Duquesa.

Los perritos, que acompañaban a la Duquesa, intentaron seguir a la doncella, pero la llamada de su ama lo impidió.

—¡"Arturito"!... ¡"Miguelín"!... ¡Aquí ahora mismo! ¿Qué tenéis vosotros que hacer allí? Pues vaya con los perritos...

Continuó adelante con ellos, y asomándose a la escalera llamó a Jaime y le hizo una seña para que subiera.

El mayordomo se apresuró a cumplir la orden, y cuando le tuvo cerca comenzó a andar, diciéndole para que el otro acelerara:

—¡Ven... ven en seguida!

Al entrar en la biblioteca, María quedó extrañada de encontrar allí al señorito Carlos, ensimismado en la lectura.

—Perdone el señor Duque. Si no molesto...

—No. ¿Qué quieres?

La doncella se dirigió hacia una de las anaqueladas.

—Vengo a buscar un libro que me ha pedido la señora Duquesa.

—¿Está en sus habitaciones mi madre?

—No, señor... Me ha dicho que lo lleve el libro al invernadero.

Pero al volver la vista quedó admirada, y comprendió que todo era un arreglo de la Duquesa para facilitarle ocasión de hablar a solas con su primo. A solas hasta cierto punto, pues por la rendija de una puerta que estaba entornada acababa ella de ver los rostros vigilantes de la Duquesa y del mayordomo. Les dirigió una sonrisa significativa, que equivalía a tanto como a un brindis. Si tanto lo querían, adelante. Precipitaría los acontecimientos e iría por derecho a conquistar el cariño de su primo, el Duque de Campo Fiel.

Carlos, con suma galantería, se levantó de su asiento, yendo hacia María.

—Quizá lo encuentres antes si te ayudo yo.

Al ver de pie al Duque, tanto su madre como Jaime se retiraron de la puerta para evitar ser vistos.

—No se moleste el señor Duque, —dijo María, excusándole, y poniendo en sus palabras alguna intención—. Tardaré más o menos, pero lo encontraré.

—¿Estás segura? Este es un laberinto en el que es muy fácil perderse—y señalaba las distintas na-

ves de la biblioteca, todas ellas repletas de libros lujosamente encuadernados.

—Si se sabe lo que se quiere, no.

—¿Pero sabes dónde está?

—Aquí...

Carlos fué acercándose aún más.

—¿En qué sitio?

—Muy cerca.

—¡A ver si adivino yo el libro que buscas!

—A ver...—y se puso a mirarle con gentil coquetería, como sabiendo de antemano que en él no radicaba fuerza suficiente para la acción telepática de la transmisión del pensamiento.

—Déjame pensar...

La rendija de la puerta volvió a servir de punto de mira. La Duquesa y Jaime sonreían satisfechos, y, a su vez, "Arturito" y "Miguelín" están también al acecho.

—¿No cree el señorito que a veces se acierta más fácilmente no pensando las cosas?

—¿Es mi madre quien te ha mandado?

—Sí; ella.

—Ya tenemos un punto de partida. Ha de ser forzosamente literatura buena...

La guardia montada en la puerta, un poco alarmada al principio del interrogatorio, se tranquilizó al

ver que no desbordaba aquél el campo literario.

Dña Isabel, como madre, aun agradeció el buen concepto que de ella tenía su hijo como lectora de libros.

Carlos, al fin, aventuró un título: "La vida es sueño".

María denegó con la cabeza y dejó escapar como un suspiro:

—Quizás haya que despertar, pero es algo que está más dentro de la realidad.

—¿No es en verso?

—No.

—Bien. Otro dato. No son poesías...

—Poesía, sí; y hecha sangre de España.

—¡Ya!... —dijo en un grito el Duque de Campo Fiel, como teniendo seguro el triunfo—"Rojas y Gualda".

—No. Cimientos... cimientos de eso.

Carlos dió unos pasos más hacia María, cada vez más encandilado.

—¡Caramba, qué torpe estoy! ¡No dar con lo que vienes buscando!...

—Sí, ¡muy torpe!

Se miran los dos, y hay en su mirada todo un mundo de ilusiones. La Duquesa y Jaime siguen observando, radiantes de gozo.

—Será... "El amor de los amores".

—De amor trata también, pero de un amor más terrenal.

Otra afirmación rotunda de Carlos.

—¡Ya!... "La Celestina".

La Duquesa, al oírle, dió un respingo y miró a Jaime, como queriendo preguntar a la picardía del mayordomo: "¿Lo habrá dicho por mí?"

Se echó a reír la muchacha, dirigiendo a su vez una rápida mirada hacia la puerta.

—No; no es ese tampoco.

Después, pasó a otra anaquelaría para continuar revisando los tomos.

—¡Vaya! Tendré que buscarlo yo. Está visto—agregó, volviéndose hacia él—que si no se lo digo más claro, usted no lo adivina. Y eso no tendría mérito.

El joven duque, a quien se notaba desasosegado y como si acabase de mantener una fuerte lucha interior que le deprimiera, se acercó a ella de nuevo.

—Bueno. Deja un momento lo que vienes buscando... Lo importante es que has venido.

—Señor Duque... la señora espera el libro.

Carlos agregó, señalando la biblioteca:

—Qué más da que duerma ahí, que en su regazo, compartiendo el sueño con "Arturito" y "Miguelín"... Y a propósito: ¿es algo para que lean ellos?

María hizo sonar en aquella severa estancia el cascabeleo de su risa, y los dos perrillos, a los que la Duquesa, alarmada, obligó a callar, empezaron a gruñir como protestando contra la burla.

—Seguramente, los pobrecillos, ya me andarán buscando. No saben estar sin mí.

—Sí — ratificó Carlos—. Son mis enemigos más feroces. Primero me roban los mimos de mi madre, y ahora...

Tuvo miedo de seguir, y bajó la vista.

Ella le alentó con su voz ingenua, repitiendo:

—Y ahora...

—Los tuyos, que quisiera para mí solo.

Tan cerca estaban los dos, que a poco esfuerzo que hizo tenía a la muchacha entre sus brazos.

La doncella exclamó, mezcla de gozo y de temor: Señor Duque... —pero se alcanzaron sus miradas y después él vió unos labios

tan rojos, abriéndose en flor de pasión, que sintió la tentación de besarlos.

Los espías, en este caso de tanta calidad como la Duquesa y su mayordomo, se abrazaron también radiantes de alegría. Pero quedaron como de piedra al ver que los Marqueses del Sotillo, que acababan de llegar, observaban estupefactos la sorprendente escena.

Jaime, todo corrido, se alejó sin proferir palabra alguna y haciendo reverencias a tan ilustres visitantes.

La Duquesa se acercó a los Marqueses, sonriéndose, y su cuñada le preguntó si se había vuelto loca.

—No, mujer, no; lo que pasa es...

Lo que pasaba era, y oportunamente se dió cuenta de ello, que no podía darles explicaciones. ¡Cualquiera les decía la verdad, para que por una simple indiscreción se fuera al traste todo el engañoso edificio que estaban construyendo!

Se echó a reír, y llevándose del brazo a los Marqueses les dijo con gesto ridículamente serio:

—Pues eso... ¡Nada, que me he vuelto loca!

CAPITULO VIII

Abierta de par en par la galería enristalada que hay unida al saloncito de música del palacio de Campo Fiel, encontramos reunidos, para tomar café, a la Duquesa, a los Marqueses del Sotillo y a Carlos.

María y Andrés preparan todo lo necesario en una mesita transportable.

Aprovechando un aparte, se le lamenta el ayuda de cámara:

—A ver si esta tarde me da otro plantón.

—Ya le he dicho que, si puedo, iré.

Lleva la mesita hacia los señores, mas, a mitad de camino, el Marqués, que había buscado un pretexto para levantarse, le dice casi al oído:

—Te espero esta tarde en el parque.

María, como no dándose por enterada, preguntó en voz alta:

—¿Decía el señor Marqués?

—Que está delicioso el parque en este tiempo. ¿No es verdad?

Volvió a sentarse, continuando su explicación.

—Hay un sitio donde me paso muchas veces horas enteras plantado. Al pie de la estatua de Cupido —y al decir esto miraba a Alicia, como haciéndole comprender que allí estaría aguardándole.

Su mujer, atenta sólo a la frase, le contestó:

—Porque es de mármol se resigna a tenerle allí. Si no, menudo trastazo te daba con el carcaj.

María empezó a servir el café a la Duquesa y a su hijo.

—Y tú, Carlos—preguntó doña Isabel—¿no paseas también por el parque? ¡Es curioso! Hace una temporada que os encuentro a todos muy poéticos... muy románticos.

Y añadió, viendo a Andrés que se aproximaba con el servicio de fumar:

—Hasta Andrés pasea también muy melancólico por el jardín.

La Marquesa, que recordaba el abrazo que vió darse a su cuñada

con el mayordomo, apuntó igualmente, aunque con aviesa intención:

—Sí, esta temporada estáis todos bastante anormales.

Dofia Isabel recogió la indirecta, tan certeramente dirigida a ella, y recalcó, mirándola:

—Cierto, ¿Todos!

Carlos respondió a la pregunta de su madre: "que era muy exclusivista y que no le gustaba nunca lo que les gustaba a los demás".

La Duquesa le miró escamada, pero se sosegó su ánimo al oírle a continuación, como dedicándose las expresamente a la doncella, que en aquel momento estaba junto a él, las siguientes palabras:

—Lo que me agrada, lo quiero de una manera absoluta. Y hasta en el parque, mis sitios favoritos son los menos frecuentados.

—Es curioso — atajó el Marqués —. ¡A mí me pasa igual! ¿Dónde sueles ir tú?...

—Si te lo dijera, ya no sería un sitio solitario.

—¿Qué sobrinito éste tan perillán!

María se dirigió hacia el mueblecito-bar, donde estaba el ayuda de cámara, quien aprovechó para decirle reservadamente que no fuera al parque.

—¿En qué quedamos?—le preguntó ella en el mismo tono.

—Bueno; vaya, pero conmigo.

—Usted espéreme, por si acaso.

La Duquesa y su cuñada, ambas recelosas en cuanto a sus preguntas y respuestas, hablaban acerca de la doncella particular.

—Sí, es cierto—decía doña Isabel— tengo con ella ciertas defereencias, pero es que no se trata de ninguna criada vulgar.

—Ya, ya... Debe de ser de lo más extraordinario, porque ¡se ven aquí unas cosas desde que ella entró!

—Y las que quedan todavía. Verás... Prepárate a sorprenderte, y procura que no te sienta mal la comida. ¡María!... —y le hizo una indicación para que se acercara—. Va usted a cantarnos, para que la señora Marquesa vea que no exagero sus cualidades y para que todos admiren su voz, aquella canción que me cantó usted ayer.

—¡En el nombre del Padre!—dijo la Marquesa, haciendo la señal de la cruz sobre su pecho.

—¡Y del Hijo!... — agregó la Duquesa—. Carlos: acompaña la.

—Encantado.

Hundió su cigarrillo, a medio consumir, en el cenicero, yendo a sentarse al piano.

La Marquesa continuó insistiendo en sus reticencias.

—¡Vaya, hombre, vaya!... Veamos esta nueva faceta.

—¿No te dije que te sorprendería?

—No. Ya no me sorprende nada.

—Bien. ¿Qué canción es ésa? —preguntó Carlos, a punto para la ejecución.

La Duquesa se levantó solícita, para decirle cuál era.

—Ahí la tienes, en el atril; yo misma la puse.

—¡Ah, sí! “Lo que se lleva el viento”.

Aprovechando la ausencia de la Duquesa, la Marquesa del Sotillo le dijo a su marido en ton de reproche, temiendo tal vez que él estuviera también en antecedentes de todo aquel arreglo:

—Luego la cachupinada estaba ya dispuesta.

—Calla, mujer —dijo el pobre hombre todo asustado—; puedes azorarla.

La Duquesa, una vez preparada la partitura, volvió al lado de sus parientes, a los que siguió sus alabanzas sobre María.

—Oa, advierto que no se trata de una cosa corriente.

La Marquesa, que no se apeaba de sus trece, no decía palabra que

no llevara su poco de agudeza o de mala intención, y así le replicó a su cuñada:

—¿Que una doncella cante? Por desgracia, de lo más corriente.

—Esta muchacha ha estudiado canto; mejor dicho: para poder estudiarlo, estaba y está sirviendo de doncella. Se trata de una muchacha de la clase media, que ha preferido buscar con su trabajo honrado, lo que no le hubiera costado encontrar valiéndose de otros medios más fáciles.

Volvió a levantarse, como atareada en el ajuste de aquel acto que ofrecía con carácter de improvisación, y aprovechó para decirle en un aparte a su sobrina:

—¿Eh?... No te quejarás del latiguillo.

Otra vez hacia el grupo, le espetó la Marquesa, que no perdía detalle:

—¿Le tienes preparada también indumentaria? No me parece la aya la *toilette* más apropiada para un concierto.

—No es preciso —apuntó la Duquesa, sentándose en sitio estratégico, desde el cual veía bien a María—. Estamos en familia. Lo importante es oírla. Además, que cada cual puede verla conforme a su imaginación.

Sentados todos, Carlos inició el

acompañamiento y la doncella comenzó a cantar.

El Marqués, que gozaba como nadie del espectáculo, calóse los lentes para mirarla y se la transformó a su manera vestida con elegante traje de noche, luciendo el desnudo de su espalda perfecta.

La Duquesa escuchábala sonriente, y era para ella como un sueño romántico; deliciosa figurina en traje cándido y vaporoso de tules.

Los impertinentes de la Marquesa, acaballados sobre su respingona nariz, se la presentaban con el atuendo corriente de una fregona zarrapastrosa.

Carlos la miraba embelesado, cuando las facilidades de la partitura se lo permitían, y en su imaginación veía cambiar con sus manos finas y señoriales la cofia de doncella por una diadema ducal...

* * *

Horas más tarde, entraba María en el parque acompañada de los perrillos, que caminaban jugueteando agradeciendo aquella libertad que se les brindaba.

Y en cada uno de sus puntos preferidos, aguardábala ya cuantos decíanle ser sus enamorados.

Los pasos impacientes del Marqués, dan vuelta alrededor de la estatua de Cupido; junto al arco re-

cortado de boj, el tenorio argentino consulta su reloj de pulsera; en la plazuela de bancos de piedra mira también con frecuencia el ayuda de cámara su reloj de bolsillo.

Por uno de los andenes contrales, avanzaba María llevando sus pasos al ritmo alegre del sonar de los campanillos que colgaban del cuello de los perros.

Y todos fueron viéndola al pasar: el Marqués, el viajero argentino, Andrés... y cada uno, según su vereda, procuraron salirle al encuentro.

Pero todos quedaron chasqueados: absorto el Marqués al divisarla, entre el ramaje, muy amartelada con su sobrino; sorprendido el argentino, al verla de coloquio con aquel joven que también hizo la travesía desde América; frío y con sudores de muerte el confiado Andrés al verla mano a mano con el señorito Carlos.

Y volvieron atrás, con desalentados pasos, aquellos tres hombres, que cada uno de por sí se creía con derecho y preferencia al amor de la codiciada doncellita.

Acabaron los paseos por el parque. Nada les decían ya los rumores de juventud que lo circundaban; el trinar poético de los pájaros; el vuelo corto de los palomos, amigos de los niños y de los ena-

morados, que tomaban la comida de sus propias manos; el grato refugio de los ramajes discretos, que tamizaban el sol y abanicaban palabras de cariño, de esperanza y de amor.

CAPITULO IX

En el gabinete particular de la Duquesa, sentada María en una banqueta-escabel, a sus pies, y descansando la cabeza mimosamente en el regazo de la noble dama, continuaron, como siempre, sus confidencias.

—¡Pequeña!... ¡Qué alegría tan grande me das y nos vais a dar a todos! Vuestra unión ha sido siempre mi sueño y el sueño de tu padre.

—Yo también estoy contenta, pero mucho más que por todo eso por haber conseguido su cariño tan sincero, tan hondo, tan respetuoso...

—¿Pues qué creías?... Se conduce como quien es: ¡un Campo Fiel! No sería digno de nuestro título si arteramente se aprovechara del cariño de una niña como tú. ¡Ni yo se lo consentiría!

—Usted sí que es noble y buena. No podía él ser de otra condición.

—Nada; todo marcha viento en popa. Ahora sólo falta preparar la trampita final para que caiga y os caséis. Esta situación ya no es digno para ti que se prolongue.

—Y ahora es cuando empiezo yo a tener miedo.

La Duquesa, poniéndole las manos en los hombros, la atrajo hacia sí, mirándola cariñosamente a los ojos.

—¡Chiquilla!... Tú le quieres sinceramente, ¿verdad?

—Tanto, que me asusta la idea de perderlo.

—De él, ¿también estás segura?

—Más aún que de mí.

—Pues lo demás es cuenta mía. Antes de un mes estáis casados. ¿A qué hora os veis en el cenador?

—Cuando todos duermen.

Doña Isabel no pudo por menos de alarmarse.

—¡Cáspita! ¿Y tú eras la que se asustaba?

Rió después de buena gana, para no intranquilizar a la muchacha, pero decidió acabar con aquellos coloquios nocturnos.

Aquella sería la última noche...

* * *

El cenador del jardín, bañado por la luna, servía de desel, en aquella última noche pretendida por la Duquesa, a la enamorada pareja de María y Carlos, que, sentados en un sofá de mimbrés, desgarran el rosario de sus quereres y forjan su porvenir.

—No temas las iras de mi madre. Yo te juro que por su voluntad o contra ella, serás mi mujer.

—¡Carlos!...

—Eres digna de serlo.

No todos dormían en la casa, como siempre. Dos personas han quedado vigilantes para sorprender y castigar aquel idilio: la Duquesa y su mayordomo Jaime, que considerando ya oportuna su presentación van cruzando sigilosamente en busca de la puerta del jardín.

Abrieron con cuidado y procuraron después amortiguar sus pisadas en la arena.

Para evitar todo ruido dejaron sin cerrar la puerta y por ella salieron al poco rato dos más que tampoco dormían: los inseparables

"Arturito" y "Miguelín". Siguiéron muy despacio las huellas de su ama, tal vez no para sorprender a nadie sino con el deseo de no ser ellos sorprendidos.

Al poco rato, eran cuatro sombras las que rodeaban el cenador.

—No se trata de un capricho, como mi madre y todos creerán, sino de algo mucho más hondo y para toda la vida.

—Todo esto es un sueño delicioso. ¡Qué miedo le tengo a despertar!

—De todos tus sueños — dijo Carlos atrayéndola hacia sí— despertarás siempre en mis brazos. ¡No temas!

Era llegado el momento. La Duquesa, acompañada por Jaime, apareció en la puerta del cenador.

—¡Bien! ¡Muy bien!

Después avanzó hacia su hijo con arrogante dignidad.

—Ni una palabra. No son éstos ni el lugar ni la hora en que los duques de Campo Fiel trataron cuestiones de honor.

A Carlos le sonaron aquellas palabras como huecas y desproporcionadas.

—Mamá, no te pongas arcaica. Esta cuestión la resolveré yo de un modo mucho más sencillo.

—¿De un modo sencillo? ¡Del único modo posible!...

Y agregó, dirigiéndose al mayordomo:

—Tú eres testigo, Jaime, de que todo un señor duque de Campo Fiel ha ofendido el honor de su doncella dentro de su hogar.

Si el muchacho hubiera imitado un poco a los clásicos, como su madre, tendría que haberle respondido: "Esto más, ¡vive Dios!; ¡ya clama al cielo!", pero lo hizo a lo moderno y echando la cosa a broma.

—Dentro de mi hogar, no, mamá; si acaso en el jardín, y sólo con vosotros por testigos...

Un ruido en los cristales le impidió terminar la frase. Efectuado un rápido reconocimiento pudo observar la curiosidad con que miraban "Arturito" y "Miguelín". Entonces añadió muy serio:

—¡Ah... esto ya es más grave!

—No seas chabacano —le dijo doña Isabel, volviéndole la espalda.

Inmediatamente se encaró con Alicia, y, guiñándole un ojo, como haciéndole comprender "esto va bien", le ordenó:

—Usted, váyase con Jaime y pídale a Dios por su suerte... que tú y yo —completó nuevamente, cara a su hijo— decidiremos mañana.

—Mamá, por Dios... —exclamó Carlos riéndose.

No se atrevió a decirle que era

ridículo cuanto estaba haciendo. Si no comprendía la farsa que la propia Duquesa realizaba en aquellos instantes, el respeto y el cariño que tenía a su madre le impedían ser más violento. Optó por seguirla, ayudarla en su tarea de acostar a los perritos, y dejarla tranquila en su habitación, después de aplicar en sus mejillas un par de besos sonoros.

El marchó luego hacia su cuarto, sin preocupaciones de ningún género, y durmió a pierna suelta.

A la mañana siguiente, Carlos recibió pronto el aviso de que su madre le esperaba en el salón.

Fué a verla, y comenzó, como la noche anterior, a tomar en broma lo sucedido.

La Duquesa paseaba nerviosa por el salón, y después se dejó caer, como abatida, en una butaca.

—No, Carlos, no. No lo tomes a risa.

—Pero, ¿cómo quieres que lo tome? Nunca te metiste en mis devaneos, ni mucho menos se te ocurrió pensar que fuera mi deber elevar una doncellita al ducado de Campo Fiel. Recuerdo tu horror ante ese posible riesgo.

—Sí, pero como por lo visto es inevitable que las enamores...

—¿Serías capaz de transigir?—

preguntó, dudándolo, Carlos—. No. Yo no te impongo ese sacrificio.

Levantándose de su asiento, para dar más solemnidad a las palabras, le dijo doña Isabel:

—¡Pero tú no puedes portarte con esa muchacha de un modo indigno!

—Nada tengo que reprocharme — respondió el joven — Ni ella tampoco. Se trata de una muchacha decente.

—¡Naturalmente!

Carlos, indolentemente, se sentó en un diván y encendió un cigarrillo.

—Pues entonces no hay que tomar la cosa por lo trágico. Si, como es lógico, ella no debe continuar en casa, la despides, la indemnizas, y aquí no ha pasado nada.

La Duquesa se acercó a su hijo.

—¿Cómo que no ha pasado nada? ¡Ha pasado mucho! Te casarás con ella, porque lo exige tu caballerosidad. ¿Qué diría Jaime?

—Jaime no dirá nada. ¡Es muy discreto!

Sentóse la Duquesa en el diván, junto a su hijo, extremando sus reflexiones y confidencias.

—¡No te fíes! Y, sobre todo, esa pobre muchacha, que tú mismo reconoces muy digna y que se ha enamorado de ti sinceramente, ¿merece ese desengaño?

Carlos no podía comprender por qué regla de tres su madre le estaba hablando de tan distinta manera a como siempre le habló.

—Mamá... ¿pero tú hablas así? ¿Serías capaz de autorizar mi boda con una doncella?

—Con esa doncella, sí.

El joven duque de Campo Fiel venía a repetir, en su engarzada serie de preguntas, las mismas que como amonestación severa oyera en más de cuatro ocasiones.

—Pero, ¿y los parientes?... ¿Qué dirán ante esta campanada?

Doña Isabel respondió con gran naturalidad:

—Se alegrarán muchísimo. ¡No te apures!

—¿Se alegrarán también?— insistió él, escamado.

La Duquesa se dio cuenta de que sin pensarlo se había lanzado por terreno resbaladizo, y procuró recoger velas.

—¡Claro!... De verte feliz — dijo levantándose del diván y comenzando a pasear de nuevo—. Y si no se alegran, me es igual. Que hagan y digan lo que quieran. A mí, lo único que me importa, es tu dicha.

Carlos fué corriendo a abrazar a su madre.

—¡Bien por la señora Duquesa

de Campo Fiel! Me enorgullece oírte.

—¿Te enorgullece?

—Sí. Y me llena de alegría. Porque he de confesarte que yo también estaba firmemente decidido a hacerla mi esposa. Ninguna como ella podrá hacerme feliz.

¿Qué milagro te tocó en el corazón esta vez?

—¡Ah, los años!... Me voy sintiendo vieja, y ardo ya en deseos de verte casado. Conque, ¡a la boda!

La Duquesa reía satisfecha porque su trampita había tenido un buen éxito.

CAPITULO X

En el gabinete particular de la Duquesa, María estaba probándose el traje de boda. Doña Isabel, en su afán de precipitar los acontecimientos para que nada pudiera entorpecer la unión tan deseada por ella, iba formando el equipo, que era de inusitada magnificencia y buen gusto.

El modista, ayudado por dos oficiales, daba los últimos toques a prenda tan maravillosa.

Presentes en la prueba estaban doña Isabel y su cuñada la Marquesa del Sotillo, que seguía haciéndose cruces de cuanto ocurría en aquella casa.

El modista estaba verdaderamente satisfecho de su trabajo.

—Es un encanto... un encanto. A ver por este lado... ¡Oh!... ¿Qué le parece a usted, señora Duquesa? ¿Verdad que es un encanto?—y seguía analizando el cuerpo y la caída del vestido, pliegue por pliegue.

—Precioso, precioso... ¡Es realmente un sueño! ¡Vaya suerte que tiene el gacnápíro de mi hijo!

—No, pues ella tampoco es muy desafortunada — comentó la Marquesa.

Ajustado ya el traje, preguntó el modista:

—¿La señora Duquesa cree que es suficientemente larga la cola, o prefiere que sea el velo de encaje el que la forme?

Recogió la Duquesa, de encima

de un mueble, un magnífico velo de encaje, y se lo entregó al modista.

—No. El velo de encaje será éste que hemos llevado a la boda todas las duquesas de Campo Fiel, desde hace más de doscientos años.

La Marquesa se soliviantó un poco, creyendo que aquello era demasiado para una doncella, por mucho que se casara con el loco de su sobrino.

—Isabel... Pero, ¿ahora?...

—También—afirmó la Duquesa con frase tan seca que no admitía réplicas.

El modista lo desplegó con sumo cuidado, quedando verdaderamente prendado de tal obra de arte.

—¡Precioso! Un encanto de velo. ¡Una joya!

—Mejor diría un estuche—precisó la Duquesa—. Venga. Ayúdeme a ponérselo.

Y entre los dos comenzaron a prender aquella filigrana de encaje.

A poco entró una doncella avisando a la señora Duquesa que acababa de llegar el peletero, a quien dió orden de que esperara un poco.

Alejóse después un poco hacia el fondo, para apreciar mejor el conjunto, y quedó satisfecha.

—Vas a estar preciosa. En ninguna lució tanto como lucirá en ti,

porque ninguna de nosotras fué tan guapa.

El modista se deshacía en alabanzas por todo: por la mujer a quien vestía, por la calidad del traje, por el esplendor del velo... Y añadió:

—Luego, sobre el manto de encaje, pondremos una bellísima diadema de flores de loto. El azahar está ya un poco *démodé*.

—Sí—satirizó la Marquesa del Sotillo—, la moda se anticipa siempre a las circunstancias.

La Duquesa afirmó que aunque estuviera pasado de moda llevaría azahar.

Y el modista seguía repitiendo con machacona insistencia:

—¡Oh!, está que es un encanto. El traje, el velo, ella, ¡todo es un encanto!

Otra doncella trajo un nuevo recado.

—Señora Duquesa, el zapatero.

—Que espere. Ahora vamos.

Doña Isabel tampoco se cansaba de admirar a su sobrina.

—¡Hija mía, qué guapa estás! Eres un sueño...

Ni dejaba nunca sus reticencias la Marquesa.

—Sí, ¡un ángel!

La Duquesa cogió a María de la mano, y la llevó ante el espejo para

que pudiera contemplarse. Y preguntó otra vez a su cuñada:

—¿No te parece, Enriqueta, que está divina?

—Sí... Yo también digo que es un encanto. ¡Un encanto de criatura!

—Y, ¿a quién te pareces?—continuó la Duquesa, mirando fijamente a la muchacha—. A uno de nuestros antepasados, desde luego, pero no recuerdo a cuál.

—No me quedaba más que oír — comentó la Marquesa para sus adentros.

El modista preguntó a la Duquesa si quería que se le probase ya el traje de comida, que lo tenían a punto.

—No; quiero que antes la vea mi hijo.

—Mujer — apuntó doña Enriqueta con su mal genio de costumbre—. ¡Déjale siquiera esa sorpresa para el día de la boda!

—Ese día tendremos todos demasiadas sorpresas. ¡Ya verás!

Y ordenó al modista:

—Preparen ustedes los otros vestidos, que en seguida vamos.

Lo recogieron todo para cumplir las instrucciones que acababan de darles, y desperdiciar el menor tiempo posible, pues ya sabían que otros dos proveedores esperaban: el peletero y el zapatero.

La Marquesa, dispuesta a salir una vez terminada la prueba del vestido de boda, preguntó a su cuñada:

—Qué, ¿desearás que te mande a Carlos?

—Si eres tan amable...

—Estará con mi marido, de seguro. ¿Quieres que te lo mande también? A lo mejor, entre todos, dais al fin con el antepasado a quien se parece María. Sería curioso...

—No tan curioso como tú crees; pero en fin, no nos mandes a tu marido. No le conviene. ¡Le impresionan demasiado las chicas guapas!

La Marquesa salió del gabinete sonriendo desdeñosamente.

Al quedarse solas las dos mujeres, la que hasta aquel momento era considerada por todos como doncella, se tiró en brazos de la Duquesa.

—¡Ay, tía, qué susto tengo!

—¿Por qué, chiquilla? En cuanto sepan quién eres... No se lo he dicho ya, porque es muy charlatana, y, además, porque me gusta hacerla rabiar.

Una discreta llamada a la puerta con los nudillos les impidió continuar en la sabrosa intimidad comenzada.

—Adelante—dijo la Duquesa.

Entró Carlos, que acudía a la

llamada de su madre; se acercó a su novia, le cogió las manos y comenzó a mirarla sinceramente conmovido.

Doña Isabel, cogiendo la cara de Alicia y recreándose en la magnífica impresión causada a su hijo, le preguntó:

—¿Qué? ¿Te has quedado mudo de admiración? ¿Verdad que parece una Campo Fiel auténtica?

—Sí... Bien pudiera serlo—respondió él mirándola un poco preocupado.

Y mientras los tres son a forjar una felicidad, no falta quien hace los esfuerzos posibles por destruirla. Tal, nuestro conocido viajero argentino, que, de pie en el vestíbulo del palacio, al habla con una doncella, pretende por centésima vez ser recibido.

—Dígale a la señora Duquesa que es muy urgente lo que tengo que decirle... Que mañana sería ya tarde.

—Espere un momento. Se lo diré.

Y asustada por palabras tan terriblemente trágicas, pues era lectora de obras folletinescas, pasó el aviso inmediatamente.

—Señora Duquesa... El señorito ese de América, insiste en que le reciba.

Carlos, perdiendo la paciencia

ante aquellas tan reiteradas visitas, lo que consideraba una memez, se dirigió rápido hacia la puerta.

—¡Hombre!... ¡Le voy a recibir yo!...

La Duquesa le contruvo:

—No; deja. Yo le recibiré.

María aprovechó aquella distancia para decirle a la Duquesa muy bajito, a fin de que él no pudiera oírlo:

—Tía, es necesario que Carlos lo sepa todo.

—Sí, tienes razón.

Entonces, encarándose con la doncella, le ordenó que pasara a ese señor a la Sala de los tapices y que esperara, y al retirarse la sirvienta preparó la cosa.

—Antes, Carlos, tenemos que hablar nosotros dos.

Y despidió a María, diciéndole que fuera a que le probasen otro vestido mientras tanto.

La muchacha, al salir, dirigió una profunda mirada de amor a Carlos, que fué correspondida intensamente.

Madre e hijo quedaron solos. Igualmente sus miradas tenían expresión y malicia. Los dos sabían que el momento era de confidencia peligrosa.

La Duquesa tomó asiento en un sillón y Carlos hizo lo propio.

—Mira, Carlos... Hijo... Tú ya

sabías mi horror de siempre a que esto sucediera.

—¿Esto?... ¿A qué te refieres?

—Pues... a esto. A que tú, todo un señor duque de Campo Fiel, heredero de los títulos más nobiliarios de nuestra estirpe, se casara con una doncellita más o menos aprovechada.

—Y, sin embargo, así es. Y muy a tu gusto. Que ninguna como ella, según tú, podría hacerme feliz.

—Sí, sí... pero, es que... ¡verás! Me vas a perdonar. El fin, cuando es noble, justifica los medios. Y aquí, el final, es grato para todos.

—Opino exactamente lo mismo que tú.

La Duquesa hubiera preferido no ser interrumpida, y saltar de una vez todo el lastre que llevaba a cuestas con aquel lío que se había armado en su propia casa y con su asentimiento, por añadidura.

—Es que... verás. Hay en todo una trampita que quiero deshacer antes de la boda.

—Me alegro; de esta trampita quería yo también hablarte.

Doña Isabel quedó desconcertada.

—Pero, ¿cómo? ¿Tú sabes?...

—¿El qué?

—Quién es la mujer con quien te vas a casar.

—Sí; una doncella.

—No. Esa es la trampita, hijo. Tú no sabes quién es esa muchacha.

Carlos respondió con todo aplomo:

—Sí. La que no lo sabe, eres tú.

—¿Cómo que no? ¡Es tu prima Alicia, tonto!

Carlos seguía dando a sus palabras un tono de seguridad plena.

—No.

—Si lo sabré yo...

—Perdona, pero no lo sabes. Esta es la trampita de la que yo quería hablarte.

A la Duquesa volvió a encogerse el corazón, y preguntó un poco intranquila:

—Una trampita... ¿tú?

—Sí. Movido a ella, por los mismos buenos deseos que te movieron a ti.

Doña Isabel temía perder el control de sus nervios y no dar pie con bola.

—Pero... pero... ¿cómo? ¿Esta muchacha no es Alicia?

—No.

—Pues... ¿quién es?

—¡María! —respondió Carlos.

La Duquesa hizo una pequeña pausa, tranquilizándose de nuevo.

—Bueno, bueno. Estamos hablando en serio. María lo fué antes.

—No. María, como Cifesa, la antorcha de los éxitos, lo fué, es y será.

La prócer dama tenía el susto metido en el cuerpo y dudaba ya de quién habría sido el engañado.

—Era María como doncella...

—Justo.

—Y Alicia como prima.

—Pero como no es prima, que es doncella...

—En resumen—preguntó doña Isabel—, ¿quién es esta mujer?

—Aquella—le contestó Carlos.

—¿Quién es aquella?—volvió a preguntar la Duquesa.

—Aquella. La que me asistió como una hermana en mi enfermedad.

Acababa de ver claro que, bien jugadas las cartas, había corrido por el más espantoso de los ridículos. Se puso rápidamente de pie, gesticulando fuerte.

—¿Qué?... ¿Aquella?...

—Sí.

Comenzó a pasear muy agitada, levantando los brazos al cielo como en demanda de fuerzas para resistir y castigar tan alevoso proceder.

—¡Ay! ¡Ay, Dios mío! ¡Este golpe si que no podía yo esperarlo!

—Ya te escribí que estaba firmemente decidido a casarme con ella.

La Duquesa se quedó parada

frente a él, mirándole con ojos de indignación.

—Pero, ¿era acaso la primera vez que tenía ese capricho?... Y todo, ¿por qué?: por esa estúpida manía de las cosas.

—No. Esta vez es algo más serio. Cuando todos huían del contagio de mi fiebre, sólo la tuve a ella. Ocupaba el sitio que tú hubieras ocupado. Ponle las cosas que quieras: de enfermera, de hermana de la Caridad, de doncella... Da lo mismo. Yo la veía siempre a mi lado, velando por mí.

—¡Muy bonito!... ¡muy poético!

—Además—prosiguió Carlos—no creas que se trata de una doncella vulgar. Es una muchacha de la clase media, que para poder costearse sus lecciones de canto estaba sirviendo en un gran hotel. Prefirió este medio honrado, cuando, no se te ocultará que, de haber querido, habría encontrado otros medios más fáciles.

Para una madre es muy difícil calificar a un hijo; pero al oír esta última relación no sabía si quien se la recitaba era un estúpido, simplemente, o un fresco.

—Pero si todo eso te lo he dicho yo, ¿a qué vienes ahora con el cuento?

—Sí, me lo dijiste tú; pero ésa, precisamente ésa, es la verdad.

Conocidas ya las cosas con toda su meridiana claridad, la Duquesa adoptó una resolución firme: la negativa.

—Pues no esperes nunca que yo me preste a eso boda absurda. ¿Qué diría mi hermano? ¡Jamás consentiré! Ahora mismo voy a suspender los preparativos de este matrimonio urdido sobre un engaño.

Efectivamente; hacia la puerta iba con ánimo de dar las órdenes convenientes, pero la afirmación de su hijo: "sobre dos" la hizo volver atrás.

—Yo iba a unirme a tu prima, a una de tu stirpe...

—A la que yo podía no querer.

—Yo pretendí sólo que te conquistara...

—Lo mismo que yo.

—¡Pues no me ha conquistado!

—cerró la Duquesa.

—Lo siento; eso hubiera constituido mi dicha. Pero, aun así, es irrevocable mi decisión.

—Bien—dijo doña Isabel, saliendo hacia el corredor—. Puedes hacerla Duquesa cuando quieras. ¡Pero sin verlo yo! ¡Llévate la de aquí cuanto antes! ¡Cuanto antes!

Con un fuerte porrazo acalló sus lamentaciones.

—¡Ay, Señor!... ¡Ay, Señor!

El mayordomo se le acercó al verla.

—Señora Duquesa, el pollo ése de América, que dice que es muy urgente que la señora Duquesa le reciba.

—¿Sí?... Pues le voy a recibir. Es un pollo desgraciado. Las va a pagar él por todos.

—¿Sucede algo, señora Duquesa?—preguntó alarmado Jaime, siguiéndola ya hacia la escalera—. ¡Excúseme la indiscreción!

—¡Ay, Jaime... Jaime! Tú no sabes... ¡La hecatombe!

—¿Cómo? No comprendo...

—Naturalmente. ¿Qué vas a comprender? ¡Ni tú ni nadie! ¡Ay, se me saltan las sienes!—dijo dando un suspiro prolongado.

Bajando la escalera, indagó solícito el sirviente:

—¿Tiene jaqueca la señora?

—Sí, Jaime, sí. ¡Y qué jaqueca!

—Hacia ya tiempo que la señora no las pudea.

—Sí; pero no hay cabeza que resista este golpe. ¡Prepárame la bolsa con hielo!

Llegados al pie de la escalera, y marchando hacia la Sala de tapices, el buen mayordomo le previno:

—El modista espera también que la señora suba a presenciar la prueba del vestido de comida.

—Sí, ¿eh?... ¡Pues que se vaya en seguida con sus encantos de vestidos!

Indagó asustado:

—¿Y el peletero?

—¡Lo mismo!

—¿Y el zapatero? — preguntó más asombrado todavía.

—Igual. ¡Todos! ¡Todos! ¡Que se marche toda esa gente! ¡No la quiero ni un minuto más en mi casa!

—¿Pero es que ya no hay boda?

—Entierro es lo que va a haber. ¡Ay, mi cabeza! ¡Prepárame, prepárame el hielo!

El pobre Jaime, con cara de extrañeza, abrió la puerta de la Sala de los tapices, inclinándose al paso de la señora Duquesa, y volvió arriba a todo escape. Tenía dos misiones fundamentales que cumplir: la de enterarse por la propia María de cuanto hubiera ocurrido y preparar la bolsa de hielo para la señora.

CAPITULO XI

El viajero, al ver entrar a la Duquesa se levantó del asiento, yendo a su encuentro.

—Usted disculpará, señora Duquesa, mi insistencia, pero era imprescindible que yo la hablase hoy.

—Usted es quien tiene que disculparme que le atienda breves momentos. No me encuentro bien... Conque, dígame lo que sea, pero ligerito.

El argentino estimó que era demasiado abusar así de la bondad de la Duquesa, y quiso retirarse.

—Eso no. Yo volveré. Si hubie-

ra sabido... ¿Por qué no me lo mandó decir por su doncella?

—¿Por mi doncella?... Bueno... —iba a decir alguna inconveniencia, pero pudo recohrarse a tiempo — porque entonces estaba bien. Además, así terminaremos de una vez con todo esto y me lo quito a usted también de en medio.

La Duquesa tomó asiento, e invitó a su visitante a que lo hiciera.

El joven, un poco atemorizado, comenzó a hablar.

—Yo parto mañana. De ahí mi insistencia, porque es empeño de su

sobrina que yo no me vaya sin hablarla.

—¿Mi sobrina? ¡Valiente fresca está la tal sobrina!

—¡No me diga!... Ella tiene por usted verdadera veneración. ¡Si la oyera!...

La Duquesa creyó encontrarse ante una nueva combinación preparada por la que en casa tenía catalogada como "doncella María", y exclamó:

—¿Pues mucho más que eso me va a oír!

—Entonces, ¿usted sabe?

—Todo.

El argentino la miraba, dudando de que aquella señora pudiera estar al tanto de lo que ocurría. Preguntó al fin:

—¿Y no consiente?

—¡Jamás!

—¡Ah!, pues la harán ustedes desgraciada, porque le advierto que ella a quien quiere de verdad es a mí.

—¿Cómo?... ¿A usted también?

Se levantó ciego de cólera y comenzó a pasear por el salón, atendiéndole más a sus propias ideas que a las reflexiones del enamorado.

—¡Magnífico!... Y el idiota de mi hijo, creyendo que se trata de una muchacha digna de él.

—Señora, el hecho de que se haya enamorado de mí no merece

que usted lo califique de indigno. Yo soy un hombre que tiene una espléndida posición. He venido precisamente a tratar de la importación de grandes cantidades de se-reales. Yo posco muchos campos de trigo allá en América.

—Pues con su pan se lo coma. ¿A mí, qué?...

—Y le advierto que mi abuelo fué allá con un trapo atrás y otro adelante.

—Y usted ha vuelto de chaquet; ya lo veo—le atajó refiriéndose a su indumentaria—. ¿Y qué?...

—Que no tengo títulos, pero tengo millones. ¡No vaya a creer que yo estoy desnudo!

—¡Como su abuelo!

El visitante aludió a la circunstancia principal.

—Y sobre todo, que es a mí a quien quiere.

—Mire usted, pollo cereal... Esa es una cuestión que le incumbe a mi hijo, no a mí. De manera que usted y él se las componen y deciden cuál de los dos se la lleva, que a mí me tiene sin cuidado él, usted y esa desahogada. Conque, ¡déjeme usted en paz!

Quejándose otra vez de su dolor de cabeza, fué a buscar un sillón donde reclinarse, y el viajero se sentó cerca de ella.

—Pero, ¿es posible?—dijo con

sentimiento—. ¡Era usted nuestra única esperanza! El señor Conde, su hermano, se nuestra también irreductible. Alisia y yo nos queremos hace tiempo entrañablemente, dulcemente...

—Bueno, tango no.

—Alisia y yo estamos desesperados. Por eso, aprovechando mi viaje a España, pensamos darle a usted conocimiento de nuestras relaciones, con la esperanza de que usted fuera más comprensiva y nos ayudara.

La Duquesa comenzó, por fin, a comprender aquel tinglado.

—¿Entonces?...

—Ahora ya veo que tampoco de usted podemos esperar protección...

Doña Isabel, intercaada ya en el asunto, preguntó:

—¿De manera que usted es el auténtico novio de la auténtica Alisia?

—Sí, señora, desde hace dos años.

—¿Entonces, por qué perseguía usted a esta otra?

—Porque yo sabía que estaba en relaciones con su hijo y quería exigirle que se las confesasen a usted, para que usted y su hermano desistieran del otro proyecto matrimonial. De ese modo Alisia y yo podríamos casarnos, y todos contentos.

—¿De manera —gritó soliviantada la Duquesa— que aquí, la única que ha estado en un guindo he sido yo; que todos ustedes se han puesto de acuerdo para tomarme el pelo? ¡Váyase! ¡Váyase de aquí! ¡Ay, mi jaqueca!

El caballero, ya de pie, indaga como resolución:

—Bueno, pero ¿qué le digo a Alisia?

—¿A Alisia?... ¡Que sea enhorabuena! —contestó después de mirarle de arriba a abajo.

—¿Usted nos ayudará?

Doña Isabel se levantó también para acompañarle hasta la puerta.

—¿Yo? ¡Váyase usted de aquí ahora mismo! ¡Yo no vuelvo a meterme a casar a nadie en toda mi vida!

El muchacho pretendió insistir:

—Pero, señora Duquesa...

—¿No ha oído usted que le he dicho que se vaya?

—Sí... Usted perdone, señora Duquesa, usted perdone.

Salió, y a poco oyóse el ruido de la puerta de la calle al cerrarse.

Otro fracaso más para la señora Duquesa, que, dejándose caer en un butacón no hacía sino llamar a Jaime para escuchar su consejo y le proporcionase los remedios que fueran buenos para curar su dolor de cabeza.

CAPÍTULO XII

La Duquesa se acostó, y pasó toda la noche poniéndose bolsas de hielo en la cabeza.

A la mañana siguiente, aun seguía quejándose.

Jaime hacía los mayores esfuerzos por atenderla y consolarla.

—Si yo me atreviera, aconsejaría a la señora Duquesa que procurara calmarse. Disgustándose, no conseguirá borrar los hechos. Yo también he sufrido una gran decepción.

—¿Quién hubiera podido sospecharlo!

—Nadie. ¡Parecía una auténtica Duquesa! Ni los perritos, con su fino instinto, sospecharon nunca el engaño.

—No digas, Jaime, ¡no digas!

Algo más apaciguada, pensó de pronto en la catástrofe que se le avecinaba al dejar sin cuidado especial a "Arturito" y "Miguelín".

—Jaime, ¿y quién los arregla hoy? ¡Todas esas desgraciadas son tan feas!

—Tranquílicese la señora. Hoy ya están arreglados. Dentro de po-

co, los verá la señora tan guapos como cada día.

—¿Los arreglaste tú?—preguntó doña Isabel.

—No me dejarían. Prefieren manos femeninas. Los ha arreglado, como siempre, la señorita... digo, la futura du... es decir, María.

Sonaron unos golpecitos en la puerta, y facilitado el paso entró María con los perritos, más lindos que nunca.

—Perdón, señora Duquesa. He querido también despedirme de los perrillos. Para ellos fui siempre su doncella y no obstante me quieren, ¿verdad?...

"Arturito" y "Miguelín" comenzaron a hacerle caricias, como si supusieran que iban a ser las últimas.

La Duquesa los miraba halagada, y se quitó la bolsa de hielo de la cabeza para que no les hiciera mal efecto.

María dejó los perritos en una butaca y se acercó a doña Isabel.

—Y a usted, señora Duquesa, decirle únicamente que yo no fingí

el engaño por conquistar lo que ya me habían concedido, sino por tener ocasión de conquistarle a usted con mi cariño. ¿No lo conseguí?... ¡Qué le vamos a hacer! ¡Mala suerte!... Perdóneme.

Se retiró hacia el mayordomo.

—Y usted también, Jaime, por obligarle a darme un título que no merecía.

—Señorita Alicia... digo, señorita María...—balbuceó Jaime un poco conmovido, inclinándose respetuosamente al salir la muchacha.

Los perritos, al verse abandonados, comenzaron a gemir y la Duquesa tuvo que carraspear, emocionada igualmente, para tragarse las lágrimas que se agolpaban a sus ojos.

Jaime la miró, queriendo adivinar sus reacciones, y "Arturito" y "Miguelín" saltaron al lecho, llamándole la atención con la patita.

La Duquesa resolvió la crisis sentimental, tras una pausa expresiva, sonriendo al fin.

Cogió a cada uno bajo el brazo y dió, generalmente, su asentimiento, valiéndose de ellos, tanto para la pregunta como para la respuesta.

—¿Qué... qué os parece?... ¿Que sí?...

Jaime se encargó de transmitir con rapidez la noticia, y en vuelo

de desproporciones, que nadie sabe en tales casos cómo se produce, al poco rato era ya conocida de todos los familiares y amigos.

La Marquesa la recibió con gestos de indignación, y su marido de asombro; el argentino gozosamente satisfecho y Andrés muy malhumorado, hasta el punto de preparar inmediatamente su maleta para marcharse.

De nuevo la Duquesa tomó la iniciativa de los asuntos. Autorizada la boda con todas sus consecuencias, se imprimieron y repartieron los cartones que anticipaban el acontecimiento: "La Duquesa viuda de Campo Fiel se complace en participar a usted el enlace de su hijo Carlos con la señorita María Rodríguez Quirós. La boda se efectuará, Dios mediante, en la primera quincena del próximo mes".

También, puesto que ya no había caso, tuvieron que ser indemnizadas las doncellas feas, y el anterior equipo de guapas volvió a su servicio.

El modista, con sus oficiales y una legión de botones con grandes cajas, invadió el palacio de trajes, gasas y tales durante varios días.

Por fin se celebró la boda, en la propia Capilla del palacio, y en una escogida y selecta intimidad, y

allí mismo se celebró la comida de fiesta de aquel señalado día.

El nuevo y feliz matrimonio, acompañado de los familiares y algunos amigos, salió de allí para la estación, donde tomaría el tren de lujo para París.

Sin afectación, pero dadas las circunstancias que para llegar a esa boda habían concurrido, estaban todos emocionados.

En el andén, y frente al coche de *season-lux*, María y Carlos se despiden de la Duquesa, que lleva en brazos a "Arturito". A su lado, Jaime con "Miguelín".

María está elegantísima, y descansa sobre su brazo un precioso ramo de flores.

Al besar a la Duquesa, la apretujó con fuerza.

—¡Tía... La voy a seguir llamando así un poco de tiempo. ¿No le importa?... ¡Deseé tanto que fuera verdad!

—¡Pequeña!... ¡Zalamera! ¡Cómo te voy a echar de menos!

Carlos la besó y abrazó también.

—Te prometo que a nuestra vuelta nos quedaremos ya siempre contigo.

Doña Isabel estaba conmovida:

—¡Bueno... bueno! ¡Andad! ¡Subid ya, que vais a perder el tren!

María se acercó al mayordomo, dándole la mano:

—Adiós, Jaime.

Jaime, después de corresponder al saludo, se inclinó respetuoso:

—Señora Duquesa...

Unos rápidos saludos generales, atenuados por la Duquesa, que les repetía constantemente: "¡Andad, andad ya!", y la campana eléctrica de la estación que anuncia la salida.

Los recién casados suben al tren y se asoman a la ventanilla.

Los perros ladran, y la Duquesa toma de manos de Jaime a "Miguelín". Los encara hacia su hijo, diciéndoles:

—Sí, sí. Se la lleva. ¡Es un bribón que se nos la lleva!

El tren empieza a andar, y se oye el ¡adiós! de María.

Los perros siguen ladrando, cual si condenaran aquella partida...

La Duquesa, viéndoles ir, piensa ya en la alegría de su regreso...

Todos agitan al aire sus pañuelos. Los novios, en la ventanilla, dicen ¡adiós! con la mano, y al irse perdiendo en la lejanía el contorno de sus figuras, se miran y sonríen gozosos.

Su amor, noble, puro y desinteresado, había triunfado sobre todas las cosas...

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE

